LAS ATROCIDADES EN ARMENIA

EL EXTERMINIO DE UNA NACIÓN

THOMAS NELSON & SONS
189, Rue St. Jacques, Paris
EDIMBURGO NUEVA YORK LONDRES

LAS ATROCIDADES EN ARMENIA

EL EXTERMINIO DE UNA NACIÓN

Por

ARNOLD J. TOYNBEE

Precedido de un discurso pronunciado por

LORD BRYCE,

en la Cámara de los Lores.

Edición digital preparada por @ImperioArmenia

THOMAS NELSON & SONS

189, Rue St. Jacques, Paris

NEW YORK

SOBRE ESTA EDICIÓN

Edición digital, transcripción, modernización ortográfica, revisión, notas explicativas, restauración gráfica y maquetación:

@ImperioArmenia

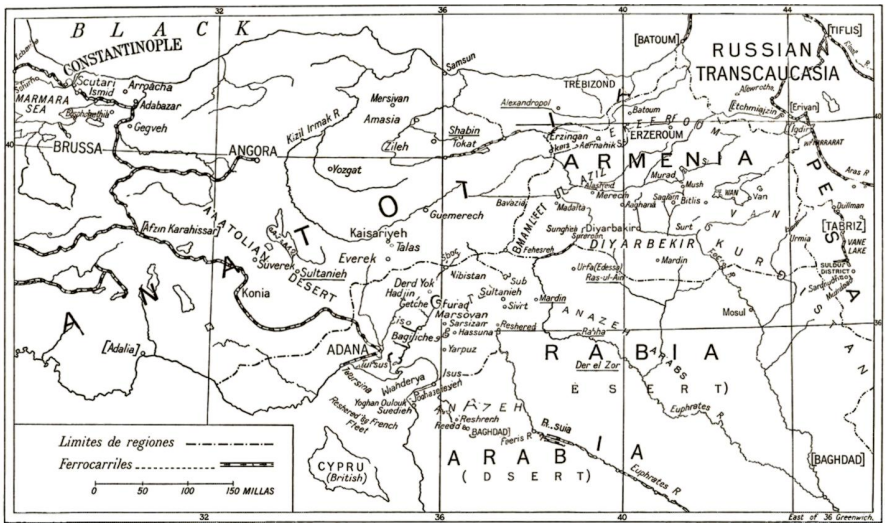
La presente edición digital toma como base la edición española publicada por Thomas Nelson & Sons, cotejada con la edición inglesa original de Arnold J. Toynbee en aquellos pasajes que presentaban omisiones, errores de traducción, interpretaciones dudosas o divergencias que alteraban el sentido del texto.

Se ha conservado la redacción histórica de la traducción española, incluidas sus particularidades sintácticas comprensibles, los tratamientos extranjeros y las formas históricas de numerosos topónimos. La intervención editorial se ha limitado a modernizar la ortografía y determinados signos de puntuación, corregir erratas y errores factuales manifiestos y subsanar, mediante el cotejo con el original inglés, aquellos errores de traducción o interpretación que alteraban claramente el sentido del texto. También se han añadido aclaraciones cuando podían facilitar su comprensión.

Salvo indicación expresa, las notas explicativas han sido añadidas en esta edición digital. Las notas procedentes de la edición original se identifican como tales.

El mapa se ha reconstruido y restaurado a partir de la edición inglesa original, ya que las páginas que lo contenían no se conservaban en el ejemplar español utilizado. La última página del apéndice, arrancada en ese mismo ejemplar, se ha restituido mediante una nueva traducción del pasaje correspondiente de la edición inglesa.

Primera edición digital revisada, 2026.



EXPLICACIÓN DEL MAPA

Todos los lugares señalados en el mapa anterior —con excepción de los que aparecen entre corchetes— fueron teatro de deportaciones, asesinatos o ambas cosas entre abril y noviembre de 1915[1].

Los nueve lugares que aparecen subrayados fueron designados como destino de los armenios deportados que lograsen llegar a ellos con vida: una especie de sala de espera de la muerte.

CONTENIDO

Prólogo del vizconde Bryce
I Armenia antes de la matanza
II El plan de los asesinatos
III El camino de la muerte
IV El final de la jornada
V Falsas excusas
VI El exterminio sin cuartel
VII La vendimia de la muerte
VIII La actitud de Alemania
Apéndice

LAS ATROCIDADES EN ARMENIA

PRÓLOGO DEL VIZCONDE BRYCE[2]

En vista de que el Gobierno británico no ha podido obtener —excepto por uno o dos conductos, uno de los cuales ha sido el cónsul en Batun[3], citado por Lord Crewe— informes oficiales de lo que ha venido sucediendo en Armenia y en Turquía Asiática, he decidido dar publicidad a los nuevos informes que me han llegado, originarios de varias fuentes para mí dignas de crédito, aunque por razones obvias no puedo citarlas aquí como que ello pondría a mis informantes en peligro. Los relatos tienen orígenes diversos; pero en lo esencial están acordes, y en realidad se corroboran los unos a los otros. Como ya se ha dicho en la discusión de estos asuntos, ha pasado el tiempo en que la publicidad de lo ocurrido pueda acarrear males; y entre mayor sea la publicidad que se dé a los sucesos, tanto mejor será, porque es ese el único medio, la única probabilidad de poner fin a aquellas matanzas, si es que ellas no han concluido ya su labor de exterminio.

Lamento tener que decir —en presencia de los informes recibidos por varios conductos— que el número de los que han perecido, de los diversos modos que más adelante se verá, es muy grande. Ese número ha sido calculado en 800.000. Aunque abrigo la esperanza de que esa cifra exceda en mucho a la verdadera, no me atrevería a calificarla de increíble, porque la cantidad de vidas sacrificadas en todo el país, desde las fronteras de Persia hasta el mar de Mármara, ha sido inmensa; solo han logrado escapar unas pocas ciudades en la costa del mar Egeo. Y el hecho asume tales proporciones porque las medidas tomadas han sido muy premeditadas, llevadas a cabo sistemáticamente, con una eficiencia implacable, desconocida hasta ahora entre los turcos. Los asesinatos son el resultado de una política que, hasta donde es posible averiguarlo, ha sido meditada por largo tiempo por la pandilla de rufianes sin escrúpulos que están actualmente adueñados del Gobierno del Imperio turco. Habían vacilado en ponerla en práctica hasta que hubiese llegado el momento favorable, y parece que juzgaron el mes de abril como la época más oportuna. Fue entonces cuando se dictaron las órdenes, las cuales, en cada caso, emanaron de Constantinopla; y so pena de castigo, o de remoción, los oficiales se vieron obligados a cumplirlas.

No había odiosidad de parte de los musulmanes contra los armenios cristianos. Todo fue obra del Gobierno, y no por fanatismo

religioso, sino simplemente porque su deseo era —por razones meramente políticas— desembarazarse de un elemento, que no era musulmán, que entorpecía la homogeneidad del Imperio; de un elemento que algún día podía rebelarse contra la opresión. Todo lo que ha llegado a mi conocimiento confirma lo que ya se ha dicho por otros: que no hay razón para creer que, en este caso, el fanatismo musulmán haya intervenido para nada. Hasta donde ha podido averiguarse —y aunque naturalmente las gentes de peores instintos se han aprovechado de la oportunidad para el pillaje que la matanza y las deportaciones ofrecían—, los asesinatos de que se trata han sido vistos, por la mejor clase de musulmanes creyentes, más bien con horror que con simpatía. Sería demasiado decir que hayan intentado intervenir algunas veces para impedirlos; pero la verdad es que no parece que hayan significado su aprobación a la conducta del Gobierno turco.

No hay nada que justifique la matanza cometida, a la luz de los preceptos del islam. Se me informa, por gentes autorizadas, que altas dignidades de la religión musulmana condenaron las matanzas cometidas por orden de Abdul Hamid II[4]; y las que ahora se han cometido son más atroces todavía. En algunos casos, los gobernadores, hombres piadosos y humanitarios, se negaron a obedecer las órdenes que recibieron y trataron de proteger, como pudieron, a los infortunados armenios. Se me citan dos casos en que los gobernadores fueron removidos en el acto por haberse negado a obedecer aquellas órdenes. Otros, más flexibles, fueron sustituidos, y la matanza se efectuó.

Como antes dije, el procedimiento fue sistemático. La totalidad de la población armenia, en cada ciudad y en cada aldea, fue arrojada fuera de sus casas, tras una requisa de las habitaciones. Los individuos eran lanzados a la calle; algunos hombres fueron reducidos a prisión, y allí se les dio la muerte, después de someterlos a la tortura en algunos casos; a los demás hombres, con las mujeres y los niños, se les hizo marchar fuera de las poblaciones. A cierta distancia de estas se les separaba. Los hombres eran conducidos a algún lugar en la montaña, en donde los soldados, o las tribus kurdas, llamadas a colaborar en la obra de exterminio, les daban muerte a balazos o a la bayoneta. Las mujeres, los niños y los ancianos, custodiados por soldados de la más baja ralea, muchos de ellos salidos del presidio, eran llevados a algún paraje distante, en los distritos insalubres del centro del Asia Menor, y más frecuentemente al gran desierto en el distrito de Der el Zor[5], situado al este de Alepo, camino del Éufrates. Se les hacía marchar a pie y a golpes; y los que no podían caminar a la par con la caravana iban quedando abandonados en la vía. Muchos

perecieron en la marcha, víctimas del hambre y la fatiga. El Gobierno turco no les dio provisiones, y habían sido robados de cuanto poseían. A algunas de las mujeres se las despojó de sus vestidos y se las obligó a marchar, desnudas, bajo los rayos de un sol de fuego. Algunas madres perdieron la razón y abandonaron a sus hijos a la vera del camino, sin fuerzas para llevarlos con ellas. La senda seguida por la caravana fue quedando sembrada de cadáveres, y parece que fueron muy pocos los que llegaron a los lugares que se les habían destinado; y esos lugares habían sido escogidos, sin duda, porque regresar de ellos era poco menos que imposible, y porque una vez allí no era probable que los confinados pudiesen soportar las inclemencias de su clima. Las relaciones detalladas que se me han hecho sobre estos confinamientos tienen todo el aspecto de ser verídicas; y un ciudadano americano, amigo mío, recién llegado de Constantinopla, me ha dicho que cuanto él oyó decir en aquella ciudad confirma los informes que me han llegado; y lo que más le sorprendió fue la relativa calma con que hablaban de aquellas atrocidades los que tenían de ellas noticias inmediatas y sucintas. Aquello que para nosotros es casi increíble, despierta muy poca sorpresa en Turquía. El asesinato estuvo a la orden del día en Rumelia Oriental[6] en 1876, y en Turquía Asiática en los años de 1895 y 1896. Cuando la población armenia fue expulsada de sus hogares, no se dio muerte a muchas de las mujeres, pero sí se las reservó para una suerte más humillante. En su mayor parte fueron tomadas por los oficiales turcos, o por los empleados civiles, y encerradas en sus respectivos serrallos[7]. Otras fueron vendidas en el mercado a compradores musulmanes únicamente, pues se quería convertirlas por la fuerza al islam. Jamás volverían a ver a sus padres o a sus maridos. Aquellas mujeres cristianas fueron condenadas, de una vez, a la esclavitud, al deshonor y a la apostasía[8]. Los niños de ambos sexos fueron también vendidos como esclavos; algunos de ellos a precios que no excedieron de 10 o 12 chelines[9]; en tanto que niños de edad más tierna fueron entregados a los derviches[10], y encerrados por ellos en algún monasterio con el propósito de obligarlos a seguir la religión musulmana.

Para dar una idea del modo absoluto e inmisericorde como se llevaron a cabo los asesinatos, bastará citar el caso de Trebisonda[11], del cual da fe el cónsul de Italia, quien se hallaba presente cuando tuvo lugar la matanza. Su país no había declarado todavía la guerra a Turquía. De Constantinopla vino la orden para que se diese muerte a todos los armenios cristianos de Trebisonda. Muchos musulmanes intentaron salvar a sus vecinos cristianos y les brindaron asilo en sus casas; pero las autoridades turcas fueron implacables. En

obedecimiento de las órdenes recibidas dieron caza a todos los cristianos; los reunieron, los hicieron desfilar por las calles de la población, y los condujeron, pasando por la fortaleza, hasta las orillas del mar. Allí se les puso a bordo de barcos de vela, se les condujo mar adentro en el mar Negro, y luego se les arrojó al agua. Todos perecieron ahogados. Toda la población armenia, que contaba de 8.000 a 10.000 personas, quedó destruida —unos como queda dicho, otros asesinados, y otros enviados al destierro—. Después de esto, todo cuanto se diga es perfectamente creíble; y lamento tener que decir que todos los informes recibidos dan cuenta de hechos igualmente horribles, reagravados, en algunos casos, por incidentes de pavorosas torturas. Pero el caso más digno de compasión no es el de aquellos a quienes una muerte rápida libertó de sus sufrimientos, sino el de aquellas mujeres infortunadas, llevadas con sus hijos a perecer en el desierto, en donde carecen de todo y son víctimas de las salvajes tribus árabes que frecuentan aquellos parajes, después de que sus maridos fueron asesinados y sus hijas ultrajadas. Puede decirse que tres cuartas partes, o cuatro quintas partes del total de la nacionalidad armenia han sido destruidas; y no se registra otro caso en la historia, desde los tiempos de Tamerlán[12], de crimen tan horrendo y en que se cuenten las víctimas por millares.

Debiera también agregar a lo dicho —porque ello tiene importancia en vista de las excusas que según parece está dispuesto a dar el Gobierno alemán, por la conducta de quienes son sus aliados, y que según se asevera ya ha presentado su Embajador en Washington, cuando habló de la supresión de «motines»— que no hay fundamento para lo que se ha dicho acerca de un levantamiento de los armenios. Algunos voluntarios armenios han estado combatiendo del lado de los rusos en el ejército del Cáucaso; pero estos, según se me informa, son originarios de la Transcaucasia[13]. Bien puede haber sucedido que algunos armenios hayan pasado la frontera con el fin de ir a batirse al lado de sus hermanos en Transcaucasia y por la causa de Rusia; pero el cuerpo de voluntarios que tan brillantes servicios prestó al ejército ruso, en los primeros tiempos de la guerra, se componía de armenios rusos que vivían en el Cáucaso. Cuandoquiera que se han batido los armenios, casi desarmados como estaban, han luchado en defensa propia, en defensa de sus familias, contra la crueldad de los rufianes que constituyen lo que se llama el Gobierno del país. No hay excusa posible, ni aun basándose en las razones que alegan algunas personas de autoridad en Alemania, y algunos periódicos de ese país, que justifique la conducta del Gobierno turco. Su política de matanza y deportación ha sido criminal e inmotivada. Dijérase que estuviera siguiendo la máxima enunciada alguna vez por el sultán Abdul Hamid:

«El modo de acabar con la cuestión de Armenia es acabar con los armenios». Y la política de exterminio ha sido puesta en práctica con más energía y mayor lujo de crueldad por los actuales jefes de la Administración turca —quienes se titulan «Comité de Unión y Progreso»[14]— que en los tiempos de Abdul Hamid.

Hay todavía algunos lugares, muy pocos, en donde los armenios desterrados a las montañas se están defendiendo lo mejor que pueden. Cerca de 5.000 fueron recogidos últimamente por un crucero francés[15] en las costas de Siria y han sido llevados a Egipto. Refieren que en las alturas de Sasun[16] y en la Siria septentrional, y es posible que también se encuentren algunos en las montañas de Cilicia[17], hay todavía algunas partidas, con muy escasa provisión de armas y municiones, defendiéndose valerosamente y como mejor pueden de sus enemigos. La raza no está, pues, destruida en su totalidad, como que aún quedan estos refugiados en las montañas y los que han escapado a la Transcaucasia; y creo que todos estaremos de acuerdo en que debe hacerse todo esfuerzo por ayudar a los infortunados sobrevivientes de los cuales mueren centenares por día a causa de las enfermedades y la miseria. Es cuanto ahora podemos hacer en Inglaterra; procedamos a hacerlo.

No he podido obtener informes auténticos con respecto a la participación que hayan tomado los oficiales alemanes en la dirección o inspiración de los asesinatos, y por tanto no sería correcto expresar opinión ninguna sobre el particular; pero es perfectamente claro que la única probabilidad de salvar lo poco que queda de esta antigua e infortunada nación cristiana está en que la opinión pública se haga sentir en el mundo entero, y especialmente en las naciones neutrales. La opinión así manifestada acaso ejerza alguna influencia, aun sobre el Gobierno alemán, y lo induzca a dar el único paso que puede poner término a la matanza. Hasta ahora ese gobierno ha presenciado los hechos con la impasibilidad de una roca. Que le diga sin demora al Gobierno turco que con sus actos se está preparando una retribución muy bien ganada, y que hay ciertas cosas que la opinión pública universal no puede tolerar.

BRYCE

LAS PRUEBAS

El testimonio que en seguida se inserta está fundado en pruebas indiscutibles. Lo forman los relatos de varios misioneros, entre los cuales se cuentan no solamente suizos, americanos, y ciudadanos de otros países neutrales, sino también alemanes. Hay también informes de cónsules que han presenciado los hechos, incluyendo también entre estos los representantes del Imperio alemán. Gran número de cartas privadas y de otras que han visto la luz en la prensa neutral y en la de los aliados, registran los testimonios de testigos presenciales sobre lo que han visto. Se insertan, además, las declaraciones juradas rendidas ante una Junta de distinguidos ciudadanos en los Estados Unidos y que ya han sido publicadas. Si estas pruebas se estudian y examinan cuidadosamente se verá que las unas corroboran las otras hasta en los detalles más insignificantes. Los hechos a que tales testimonios se refieren se presentan en este libro con la absoluta garantía de su veracidad. Es desde luego imposible dar los nombres de aquellos informantes que todavía no han sido revelados, porque ello los expondría a graves peligros, pues muchos se encuentran todavía en los dominios turcos.

I. ARMENIA ANTES DE LA MATANZA

La guerra alemana comenzó llevando la desolación y el terror a lugares en los cuales esas calamidades eran desconocidas: la pacífica Bélgica y el centro de la región industrial de Francia. Últimamente ha logrado ahondar las heridas de pueblos que ya estaban abrumados por el infortunio. Polonia puede ahora envidiar su condición anterior al mes de agosto de 1914; los países balcánicos han sido despojados de su última esperanza de fraternidad; y ahora, en el borde oriental del campo de acción alemán, los padecimientos intermitentes de la raza armenia han culminado en un atentado —organizado a sangre fría por sus gobernantes turcos— para exterminarla de un solo golpe, por medio de medidas de barbarie y de perversión inconcebibles.

La raza armenia es quizá la más antigua entre las razas civilizadas establecidas en el Asia occidental, y no hay duda de que en la actualidad es la más vigorosa. Su solar está situado en un conglomerado de montañas enhiestas, entre el Caspio, el Mediterráneo y el mar Negro. Allí vivió el aldeano armenio, desde tiempo inmemorial, su vida de rudo trabajo hasta la víspera de esta última catástrofe. Allí, un reino armenio poderoso y civilizado fue el primer Estado del mundo que adoptó el cristianismo como religión nacional[18]; y allí la Iglesia y el pueblo han conservado su tradición, con extraordinaria vitalidad, contra los embates de la conquista extranjera.

Sin embargo, por espacio de muchos siglos la Armenia propiamente dicha no ha comprendido a todos los de su raza. En las provincias orientales del Imperio otomano hallamos el mismo fenómeno, de entremezcla de razas y de desintegración, que ha producido en los Balcanes la acción del régimen turco. Bajo la inicua administración del conquistador musulmán, las montañas ancestrales armenias han sido invadidas por tribus nómadas de musulmanes no civilizados; han sido invadidas por los kurdos, quienes prefieren los campos incultos, para el pastoreo de sus ganados, y miran con recelo las limpias y pintorescas aldeas y los bien cuidados predios de los primitivos habitantes del país. De esta suerte el armenio ha perdido la posesión, no compartida, de su propio suelo; pero en recompensa ha encontrado muchos otros hogares más allá de sus fronteras. Porque no solamente es buen trabajador sino que no le falta talento para otras actividades en el campo intelectual. La más empobrecida de sus aldeas no se privó jamás de su escuela primaria, y la escuela era la iniciación hacia un mundo más amplio. El armenio había venido a ser en el interior de Turquía Asiática lo que es el judío para la Europa

oriental y el griego para el Levante[19]. Todas las ciudades del norte de la Siria y de Anatolia tenían, hasta hace ocho meses, un barrio armenio próspero y populoso, centro de actividad comercial y de artesanos hábiles e inteligentes, y centro también de las relaciones comerciales de la respectiva ciudad con Constantinopla y con Europa. En la misma Constantinopla, la población armenia había llegado a contar con más de 200.000 individuos, y Tiflis[20], la capital de la Rusia caucásica, contaba por lo menos otros tantos. En efecto, la Transcaucasia, con su buen gobierno cristiano y la promesa de un próximo desarrollo económico, había venido a constituir una segunda patria para la raza armenia. El catolicós, o jefe de la Iglesia armenia, reside en Etchmiadzin[21], en territorio ruso; y en la actualidad se cuentan muy cerca de 750.000 armenios en la banda derecha de la frontera rusa. Sin embargo, hasta hace ocho meses, estos representaban solamente una minoría de la raza, pues cerca de 1.200.000 permanecían todavía bajo el dominio turco. Algo más de la mitad de esta mayoría vivía en la Armenia original, al este del Éufrates y al norte del Tigris. El resto estaba esparcido por todas las poblaciones situadas entre el Éufrates y Constantinopla. Su número era especialmente considerable en el distrito de Adana, en Cilicia, en la fértil llanura que va a terminar en el ángulo noreste del Mediterráneo; y en lo más intrincado de la montaña que domina aquella llanura, las poblaciones de Zeitoun y de Hadjin[22] eran centros florecientes de la vida armenia.

La situación de estos 1.200.000 armenios, que representan algo así como el 8 % de la población total del Imperio otomano, no ha sido nunca envidiable. Se les trataba como raza sojuzgada; no tenían el derecho de llevar armas, circunstancia que, en un país sin leyes, les dejaba a merced de los musulmanes con quienes estaban en constante contacto. Disfrutaban, sin embargo, de algunas ventajas que en parte compensaban aquellos inconvenientes, pues debido al conservatismo y la torpeza de la población turca su genio comercial les daba virtualmente el monopolio del comercio, y por consiguiente una gran participación en la riqueza del país. Las ganancias hechas, tras rudo esfuerzo, pueden ser a menudo destruidas por una tiranía local; pero las dotes y conocimientos de los armenios eran en realidad indispensables a sus patrones y el reconocimiento de este hecho se manifestaba en el trato, en lo general tolerante, que de estos recibían. En efecto, el armenio sojuzgado, cristiano e intelectual, y el labrador, musulmán y dominante, habían venido a establecer un equilibrio efectivo, aunque en condiciones un tanto ásperas.

Esta solución de la cuestión de Armenia fue intentada por primera vez por el sultán Abdul Hamid. La experiencia que había adquirido en

los Balcanes le había enseñado la política de mantener bajo su sujeción las distintas razas de su imperio por el sistema de lanzarlas a asesinarse unas a otras. Aplicando este sistema a las provincias orientales, en donde él temía que la población cristiana, activa e inteligente, tratara de emanciparse, del mismo modo que los búlgaros habían obtenido su libertad de manos de los rusos en 1878, dobló los impuestos, introdujo nuevas medidas coercitivas, y suministró divisas especiales y rifles modernos a las tribus kurdas, y luego que las hubo transformado en su «Caballería Hamidiana»23, les dio la bienvenida consigna. Los resultados los tenemos en las matanzas sin precedentes de que fueron víctimas los armenios en 1895, bajo la dirección oficial, y que llenaron de pavor al mundo civilizado; las matanzas que dieron ocasión al último discurso de Gladstone24. Cuando Abdul Hamid fue destronado, en 1909, y la «Junta de Unión y Progreso» proclamó el gobierno constitucional e iguales derechos civiles para todos los ciudadanos otomanos, llegamos a tener esperanza de algo mejor; pero a la Constitución otomana se siguió, en menos de un año, la matanza igualmente atroz de Adana, aunque esta no asumió las proporciones de la anterior. Ese paroxismo pasó, pero dejó tras sí un mal de carácter crónico. Mr. Noel Buxton, quien estuvo viajando en la Armenia turca pocos meses antes de la guerra, informa que los jóvenes turcos han seguido sin misericordia la política hamidiana de armar a los kurdos; y agrega que de un momento a otro se esperaba un nuevo desastre. En seguida vino la guerra; Turquía entró en ella del lado de Alemania, y entonces se comenzó a cometer el crimen de cuya narración aparece en las siguientes páginas.

Las pruebas que sirven de base a esta relación se han obtenido de varias fuentes. Algunas han sido ya publicadas; y unas pocas han sido enviadas privadamente al vizconde Bryce, quien tiene muchas relaciones en Armenia. Dichas pruebas concuerdan completamente con otras que fueron incorporadas en el Informe (publicado en los Estados Unidos el 4 de octubre de 1915) de la Comisión Investigadora Americana. Constituyeron esa Comisión 25 miembros, entre los cuales se contaron dos exembajadores a la Puerta25, cuatro directores de Institutos Misioneros Americanos, que han tenido el Imperio otomano por teatro de sus actividades, y personas tan eminentes como el Cardenal Gibbons, los obispos Greer y Rhinelander, el Dr. Charles W. Eliot (expresidente de la Universidad de Harvard), Mr. Charles R. Crane, Mr. Stephen J. Wise, y Mr. John R. Mott.

COMISIÓN INVESTIGADORA DE LAS ATROCIDADES ARMENIAS

70, Fifth Avenue, Nueva York

James L. Barton*
Presidente

Samuel T. Dutton
Secretario

Charles R. Crane
Tesorero

Arthur Curtiss James
Charles W. Eliot
Cleveland H. Dodge
Frederick Lynch
H. Pereira Mendes
Isaac N. Seligman
James Cardinal Gibbons
John R. Mott
Maurice H. Harris
Right Rev. David H. Greer
William W. Rockwell

Edward Lincoln Smith
Frank Mason North
Harry V. Osborn
Karl Davis Robinson
Norman Hapgood
Oscar S. Straus
Right Rev. Philip Rhinelander
Stanley White
Stephen S. Wise
William I. Haven
William Sloane

*Secretario del Comité de Misiones Americanas. [Nota de la edición original.]

Las pruebas son, a la verdad, abundantes y directas; y causa pavor la uniformidad con que van presentando hechos que, sin esta corroboración, serían increíbles. Algunos testimonios proceden de testigos neutrales —viajeros europeos o americanos y comerciantes que han regresado del interior de Turquía después de que comenzó la horrible carnicería, o personas que residen allí permanentemente y que disfrutan de suficiente protección para poder comunicar lo que han presenciado en el lugar mismo de los acontecimientos. Testimonios de carácter inequívoco forman la base del Informe de la Comisión Americana; pero, aun en casos como el presente, las pruebas tienen que ser presentadas —por razones de precaución— en forma anónima, y la reticencia es todavía más aparente al tratarse de testimonios rendidos por armenios. El crimen se ha cometido sin pretexto de ninguna clase; pero quienes lo han cometido no verían mal que se les proporcionase una excusa para continuar cometiéndolo contra ciertas y determinadas personas. No obstante, el testimonio de los armenios sobre sus propios sufrimientos es tan claro como el de aquellos amigos suyos que han disfrutado de protección. Encabeza el Informe la exposición del catolicós, transmitida de Rusia a la Unión de Defensa Nacional Armenia en los Estados Unidos, y publicada el 27 de septiembre en la prensa americana. Las palabras del catolicós aparecen confirmadas por una carta confidencial que otro prelado armenio de alto rango, residente en territorio neutral, ha recibido de un eminente compatriota que reside en la región asolada. Y además, ahí están los refugiados —los restos de la nacionalidad— que han ido en pos de amparo al Cáucaso, detrás de las líneas rusas, o que se han encaminado al Egipto, al través del Mediterráneo amigo. Pueden citarse, como ejemplo, los 4.200 armenios —hombres, mujeres y niños— procedentes de las aldeas de Musa Dagh, cerca de Antioquía, a quienes una escuadra de cruceros franceses condujo sanos y salvos

a Puerto Saíd a fines de septiembre. Estos habían pasado siete semanas en la montaña, defendiendo su vida con fusiles anticuados y escasas municiones, y con el mar a su espalda. En lucha contra soldados veteranos turcos, reforzados por todos los bandidos de los tugurios de Alepo, su situación parecía desesperada; pero ellos sabían que en esa lucha estaba la única probabilidad de escapar, porque se les había notificado la deportación para dentro de una semana y bien sabían cuán terrible era la suerte de los deportados. ¿No habían visto acaso los padecimientos de sus hermanos de Anatolia? Pero nos anticipamos a la narración de los hechos. Ya hemos llamado suficientemente la atención sobre la calidad de las pruebas presentadas, y es mejor exponer todo el crimen desde sus principios.

II. EL PLAN DE LOS ASESINATOS

La entrada de Turquía en la guerra, en el otoño pasado, no agravó inmediatamente la suerte de los armenios. La política de la joven Turquía había hecho extensivo el servicio militar a la población cristiana; pero este paso tuvo el carácter de un privilegio, fue como un reconocimiento de la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos otomanos. Además, muchos armenios habían pagado su rescate del alistamiento. Se ha dicho —y el hecho debe consignarse enfáticamente— que la raza armenia era industriosa, próspera y estaba consagrada a labores pacíficas. Contaba un gran número de hombres, y no pocas mujeres, de educación refinada, que habían hecho estudios en las escuelas y universidades de Europa o en los excelentes colegios de las misiones americanas; y de su seno salían aquellos pensadores, iniciadores, maestros y artesanos que, si no dan a un pueblo músculo guerrero, sí constituyen su cerebro[26]. La guerra, además, iba dirigida contra naciones cristianas, y la emprendían los mismos que habían asesinado a sus hermanos en Adana, apenas hacía cinco años. Para los armenios no era esta una guerra de patriotismo. Así pues, muchos armenios se quedaron tranquilos en sus casas, y cuando los que fueron llamados al servicio fueron despojados de sus armas, por orden del Gobierno, e incorporados en cuadrillas de peones para trabajar en los caminos, es probable que el cambio no les fuera desagradable. Pasó, pues, el invierno sin augurar las calamidades que habrían de sobrevenir en la próxima primavera.

Mientras tanto, el Gobierno de Constantinopla —si es que la palabra Gobierno puede usarse propiamente tratándose de hombres como Enver, Talaat[27] y los demás que forman ese «Comité de Unión y Progreso» justamente calificado por el vizconde Bryce como «una pandilla de rufianes sin escrúpulos»— esa poderosa e inmoral organización, preparaba cuidadosamente sus planes y empezó a ponerlos en práctica en el mes de abril.

El proyecto implicaba, nada menos, que el exterminio de toda la población cristiana dentro de las fronteras otomanas. La guerra había emancipado al Gobierno otomano, temporalmente, de la influencia europea; los beligerantes de un lado eran buenos amigos y aliados de Turquía; y Enver, mirando al porvenir, contaba con la victoria prometida para escudarse él y escudar a sus secuaces de la venganza de las potencias occidentales y de Rusia, naciones que siempre se habían interpuesto entre la pérfida hostilidad del Gobierno otomano y la debilidad y la impotencia de sus súbditos cristianos. La

denuncia de las «Capitulaciones»[28] rompió la barrera legal de la protección extranjera que hasta entonces había dado a los cristianos turcos un amparo más o menos efectivo. Solo faltaba aprovechar la oportunidad, y dar un golpe de tal naturaleza que su repetición fuese innecesaria. Después de esto —dijo Talaat Bey al dar la señal definitiva— no habrá cuestión armenia por 50 años.

El crimen fue sistemáticamente concertado, pues así lo confirman las pruebas del procedimiento adoptado en más de 50 lugares. Estos lugares son demasiado numerosos para detallarlos aquí; pero todos ellos aparecen marcados en el mapa adjunto[29], y se verá que incluyen todas las poblaciones de importancia en Armenia propiamente dicha y en la Anatolia oriental, Ismid y Perusa[30] en el occidente y muchos lugares en Tracia. No hay para qué extendernos en esta monótona relación de horrores, porque las instrucciones de Constantinopla fueron todas uniformes y cumplidas con notable exactitud por las autoridades locales[31]. Solo se citan dos casos de oficiales que se negaran a seguir las instrucciones del Gobierno. Uno de ellos fue el gobernador local de Everek, en el distrito de Kaisarieh[32], y se le reemplazó inmediatamente por un sucesor más complaciente. De otro lado, el kaimakan[33] de otro lugar contestó como sigue a la protesta de un misionero alemán: «Si la ley y el sultán lo prohibiesen, yo haría mi voluntad y llevaría a cabo la obra a pesar de todo» (Informe del Comité Americano). En general, esto fue lo que ocurrió.

En un día dado, las calles de la población de que se tratase eran ocupadas por la gendarmería local con bayoneta calada, y el gobernador hacía comparecer a todos los armenios en capacidad de hacer servicio militar pero que hubieran sido excusados. Este llamamiento debían atenderlo, so pena de la vida. Esto de «capacidad para el servicio» tenía ahora una interpretación muy amplia pues incluía a todo hombre entre los 15 y los 70 años, y a todos se les hacía marchar fuera de la población entre gendarmes. No tenían que ir muy lejos, porque los gendarmes habían sido reforzados al efecto por presidiarios y además los bandoleros y los kurdos estaban en acecho en las montañas. Esperaban allí para asesinar a los prisioneros. Al llegar estos al primer valle medio oculto en los alrededores, eran asesinados en masa; y, llenado su cometido, los gendarmes regresaban tranquilamente a la población.

Tal fue el primer acto de esta tragedia que, como se ve, no dejaba posibilidad de resistencia al segundo, consumado todavía con mayor sutileza. Las mujeres, los ancianos y los niños, que constituían el resto de la población armenia, recibieron la notificación de que serían deportados dentro del término fijo de una semana o de 10 días; en lo

general, de una semana solamente y nunca mayor de 15 días. Por decirlo así, se les arrancaba de raíz de sus hogares, para lanzarlos a un destino desconocido, en tanto que sus bienes debían ser traspasados al turco de acuerdo con un plan que se describirá más adelante.

Escasamente puede uno darse cuenta de lo que aquel decreto implicaba. No se trataba aquí de salvajes como los pieles rojas que se iban retirando, ante el avance del hombre blanco, al través del continente americano. No eran pastores nómadas como los kurdos, sus vecinos bárbaros. Eran gentes que vivían la misma vida que vivimos nosotros, que habían estado establecidas en las ciudades por generaciones, y los principales autores de su prosperidad local. Gentes sedentarias, médicos, abogados y maestros, hombres de negocios, artesanos y tenderos que habían levantado sólidos monumentos a su inteligencia y a su industria, valiosos templos y escuelas de categoría. Sus mujeres eran tan delicadas, tan refinadas, tan poco habituadas a los quebrantos y a la brutalidad como las mujeres de Europa o de los Estados Unidos. En efecto, estaban en el contacto más estrecho con la civilización occidental, pues muchos de los centros armenios en los cuales se cometió el crimen habían tenido misioneros americanos y colegios por espacio de cerca de 50 años, y habían tenido trato constante con los admirables profesores de ambos sexos que los dirigían.

Comunidades como esta, después de ser perseguidas en masa mediante la conscripción o el asesinato de los maridos y los padres, eran expulsadas de sus hogares y lanzadas, bajo la desvalida dirección de las madres y de los ancianos, al destierro. Y este habría de terminar con una muerte de horrores inexpresables en el lenguaje humano.

La apostasía pudo haber sido una posible puerta de escape; pero no era conveniente solicitarla con mucho interés. En 1895 se pudo apelar a ese recurso, y hombres y mujeres intentaron librarse de la suerte que les esperaba, apostatando de sus creencias, en una población sobre el Éufrates[34]. Pero aquella propuesta desesperada no les fue aceptada; y en otra población, en Anatolia, les fue aceptada solamente con la inhumana condición de entregar sus hijos menores de 12 años al Gobierno para ser educados, en «orfelinatos»[35] desconocidos, en la fe musulmana.

Huelga decir que aquellos orfelinatos eran institutos completamente hipotéticos. Había, sin embargo, conventos de derviches que existían en realidad y cuyos reglamentos eran terribles.

Los derviches constituyen comunidades de devotos fanáticos musulmanes que llevan una vida errante en el interior de Anatolia; son un rezago bárbaro de la religión primitiva. A estos se les permitía escoger entre los niños armenios, y uno de los testigos del vizconde Bryce describe cómo grupos de derviches salían al encuentro de las caravanas de armenios deportados y se apoderaban de los niños, para educarlos como musulmanes en sus cofradías salvajes.

En alguna parte «se organizó un plan para salvar a los niños, poniéndolos en escuelas u orfelinatos bajo el cuidado de un comité organizado y sostenido por el arzobispo griego, del cual el vali[36] era presidente y el arzobispo vicepresidente, con tres vocales mahometanos y tres vocales cristianos» (Informe de la Comisión Americana). El plan, sin embargo, fue echado abajo por órdenes superiores, y

> «parece que muchos de los niños fueron enviados a otro distrito y repartidos entre los agricultores. A las niñas más bellas se las ha encerrado en casa para que sirvan de instrumentos de placer a los miembros de la pandilla que gobierna aquí. Por informes dignos de todo crédito he sabido que un miembro del «Comité de Unión y Progreso» tiene aquí 10 de las muchachas más hermosas en una casa, en la parte central de la ciudad, destinadas a su uso personal y al de sus amigos» (Informe de la Comisión Americana).

En Tiflis, el periódico armenio *Horizon* informaba en su edición del 4 de septiembre (22 de agosto según el calendario antiguo) lo que sigue:

> «Un telegrama de Bucarest dice que los turcos han despachado de Anatolia cuatro vagones de ferrocarril llenos de huérfanos armenios, procedentes del interior del país, y destinados a ser repartidos entre las familias musulmanas».

Tal era la suerte señalada a los pequeños armenios cuya edad hacía todavía posible la asimilación; pero este sacrificio solo salvaba a los padres que lo hacían de una muerte inmediata, pues no los libertaba del lento tormento de la deportación.

Solo se tiene noticia de un lugar en donde se ofreció a las víctimas la perspectiva de obtener su completo rescate mediante la absoluta aceptación del islamismo por ellas mismas y por sus familias. En este caso el testigo dice: «Las oficinas de los abogados que recibían las peticiones estaban llenas de gentes que querían hacer declaración de fe musulmana. Muchos lo hicieron por salvar a sus esposas y a sus

hijos...» (Informe de la Comisión Americana). Su salvación, sin embargo, fue solo una ilusión. A estos conversos se les hizo marchar fuera de la población, como a los demás, y no volvió a saberse nada de ellos.

A la mayoría de las gentes no se les permitió siquiera concebir esperanzas de seguridad, y durante la semana de gracia se presenciaron las más conmovedoras escenas. En la ciudad a que últimamente se aludió «las gentes se preparaban a cumplir las órdenes del Gobierno vendiendo en las calles lo que podían de sus haberes. Se vendían efectos a menos de un 10 % de su valor ordinario, y los turcos de las aldeas vecinas llenaban las calles a caza de gangas» (Informe de la Comisión Americana). En este caso, el Gobierno castigaba a los musulmanes que tomasen alguna cosa por la fuerza; pero en lo general las autoridades no eran muy cuidadosas al respecto. Hay que repetir que los armenios eran gentes de recursos, de propiedades adquiridas por su industria inteligente; y el musulmán indigente de los barrios bajos se había resentido siempre de la prosperidad que Alá había permitido al súbdito infiel. Había llegado el momento de que el musulmán volviese por sus fueros. En un puerto de la costa de Cilicia «se vendieron máquinas de coser por 1½ medjidiehs37 (aproximadamente 4 chelines y 9 peniques), camas de hierro por unas pocas piastras,» y en un puerto del mar Negro, que hasta ahora había exhibido un estado floreciente, se nos ofrece un espectáculo de felonía en grande escala.

> «Las 1.000 casas armenias de la ciudad las está desocupando la policía una tras otra..., y una multitud de mujeres turcas y de muchachos siguen a la policía como buitres y se lanzan sobre lo primero que pueden alcanzar; y cuando ya la policía se ha llevado los objetos más valiosos, la muchedumbre entra en las casas y se lleva lo que queda. Yo presencio estas cosas todos los días. Supongo que serán necesarias varias semanas para desocupar todas las casas; luego tocará el turno a los almacenes y tiendas armenios» (Informe de la Comisión Americana).

No es esto otra cosa que la destrucción sistemática de todo un pueblo; y tal era el propósito, pues el cónsul alemán le dijo al testigo «que él no creía que a los armenios se les permitiría volver a aquella ciudad, ni siquiera después de la guerra» (Informe de la Comisión Americana).

Pero poco provecho sacaron los armenios de haber vendido sus bienes, porque hasta las mismas cantidades insignificantes que en

cambio recibían superaban en mucho a lo que se les permitía llevar consigo. Su ración de viaje estaba estrictamente limitada a unos pocos chelines; y solo se habrían expuesto al pillaje de sus guardianes si hubiesen intentado llevar más sobre sus personas. Y si no podían vender sus propiedades y haberes, menos esperanza podían tener de transportarlos con ellos. En la mayoría de los casos, la notificación era demasiado premiosa para darles tiempo de vender o de empacar sus efectos, y tal parece haber sido el caso en Cilicia.

> «En una aldea de la montaña, en Geben38, las mujeres estaban lavando ropa, y se las obligó a abandonar sus trajes en el agua y a emprender camino descalzas y a medio vestir, tal y como estaban. En algunos casos pudieron llevar parte de sus escasos muebles o utensilios agrícolas; pero en lo general no se les permitió llevar ni vender nada, aun en casos en que habría habido tiempo para ello» (Informe de la Comisión Americana).

> «En Hadjin, personas acomodadas que habían preparado alimentos y camas para el viaje se vieron obligadas a abandonarlo todo en la calle y sufrieron luego mucho a causa del hambre» (Informe de la Comisión Americana).

Los desterrados podían darse por bien librados si lograban encontrar algún vehículo para el transporte de sus personas. Algunas veces el Gobierno anunciaba que suministraría un carro de bueyes para cada familia; pero esto solo ofrecía la oportunidad para nuevas burlas. En un lugar en donde se había notificado la salida para el miércoles, los carros vinieron el martes a las 3:30 de la madrugada, y se ordenó la inmediata salida de las gentes. «Algunas personas fueron sacadas de sus lechos sin ropa suficiente». En otros casos, el Gobierno no tomó providencias ningunas. En la ciudad del mar Negro, antes citada, por ejemplo, el gobernador general le dijo al testigo que «a los armenios les era permitido hacer arreglos para proveerse de carruajes». «Pero nadie» —dice el testigo— «parecía hacer arreglos ningunos. Sé de un rico comerciante, sin embargo, que pagó 15 liras otomanas por un carruaje para él y su mujer..., pero a unos 10 minutos del punto de partida se les ordenó salir del carruaje, el cual fue devuelto a la ciudad». Y en todos los casos era siempre la misma historia, porque los dueños de los vehículos eran musulmanes del lugar, que no tenían la menor intención de acompañar la triste caravana a su distante destino. Después de un día de marcha o después de dos días, cuando los últimos peniques de la víctima se habían ido en satisfacer las exigencias de los carreros, estos se regresaban. Con frecuencia los que formaban el segundo grupo de un

convoy encontraban, al salir, los carros vacíos en que habían partido los del primer grupo, y comprendían que tendrían que viajar a pie durante toda la jornada, al través de las montañas[39].

A juzgar por la impresión que causó a quienes la presenciaron, la escena de la partida debió ser, en cada caso, en extremo conmovedora. De aquella ciudad de la costa, a que antes se aludió, los desterrados fueron despachados en pelotones de a 2.000 cada uno.

> «El llanto y los lamentos de las mujeres y de los niños partían el corazón. Algunas de esas gentes pertenecían a círculos sociales ricos y refinados; muchas estaban acostumbradas al lujo y a las comodidades. Entre ellas se contaban sacerdotes, comerciantes, banqueros, abogados, mecánicos, sastres e individuos de todos los oficios y todas las profesiones... Toda la población mahometana sabía, de tiempo atrás, que aquellas gentes serían presa suya y las trataban como animales» (Informe de la Comisión Americana).

Veamos ahora otra descripción de lo ocurrido en otro lugar:

> «Toda la mañana los carros de bueyes estuvieron saliendo de la ciudad, cargados de mujeres y de niños y de vez en cuando de hombres que habían logrado escapar a las deportaciones anteriores. Las mujeres y las niñas llevaban todas el traje turco a fin de poder ocultarse a las miradas de los carreteros y de los gendarmes, hombres de instintos brutales, traídos de otras regiones... El pánico en la ciudad era terrible. El público veía claramente que el Gobierno estaba resuelto a exterminar a la raza armenia, y era impotente para resistir. Todo el mundo estaba convencido de que se estaba dando muerte a los hombres y de que se secuestraba a las mujeres. Se había puesto en libertad a muchos de los presidiarios, y las montañas circunvecinas estaban llenas de cuadrillas de forajidos... La mayor parte de los armenios del distrito estaban en una situación desesperada. Muchos decían que aquello era peor que la matanza. Nadie podía prever lo que iba a suceder; pero sí se daban cuenta de que su fin se aproximaba. Ni siquiera los sacerdotes y jefes podían ofrecer una palabra de esperanza o aliento. Muchos empezaron a dudar de la existencia de Dios[40]. A consecuencia de tan amargas pruebas, muchas personas perdieron la razón, algunas de ellas para siempre»

(Informe de la Comisión Americana).

III. EL CAMINO DE LA MUERTE

En esa situación de angustia y de terror, las mujeres armenias fueron obligadas a tomar el camino del destierro. Se observaba en ellas cierta actitud de heroísmo, porque quedaba todavía una probabilidad de salvación: la de optar por la apostasía, recurso que había tentado a sus esposos y a sus padres. En su caso, a lo menos, la apostasía traía la certidumbre de no perder la vida, pues la condición que se les imponía era la de su ingreso inmediato en el harén del turco. La mayor parte rehusó esa forma de rescate, a costa de su honor; y sin embargo, si hubieran sabido todo lo que se les esperaba, es probable que hubiesen juzgado que aquel hubiera sido el menos terrible de sus quebrantos. En tales circunstancias, abrigaron todavía la esperanza de que se las respetaría, de que gozarían de inmunidad; y se presentaron para emprender la marcha sin sospechar que se ponían a merced de sus conductores. Aquellos gendarmes, formados en los presidios, no tenían la menor intención de conducir la caravana intacta a su destino.

Algunas fueron vendidas y deshonradas antes de emprender el viaje. «Un musulmán informó que un gendarme le ofreció en venta dos niñas por un medjidieh (cosa de 3 chelines y 2 peniques)». Las más jóvenes y hermosas eran vendidas en las aldeas donde se hacía la parada durante la noche; y el tráfico en estas jóvenes se ha hecho por centenares en todos los burdeles del Imperio otomano. De la misma Constantinopla se han recibido datos de ventas de mujeres, por unos pocos chelines, en los mercados públicos de la capital; y uno de los testigos citados por el vizconde Bryce es una niña, no mayor de 10 años, que fue llevada con ese objeto desde una ciudad de la Anatolia noreste hasta las costas del Bósforo. Estas mujeres eran cristianas, de una educación tan refinada como la de sus hermanas de la Europa occidental, y se las sometió a la más degradante de las esclavitudes. Y, con todo, podían considerarse menos desgraciadas que sus compañeras a quienes se negó el libertarse, por ese medio, del pavoroso viaje. Estas últimas eran mujeres viejas, madres de familia, algunas en estado interesante[41] o con niños de pecho, a quienes se hizo desfilar como a rebaño destinado a sufrir todas las penalidades intolerables que habían de encontrar en su peregrinación.

> «Mujeres con pequeñuelos en brazos, o en los últimos días de la preñez, fueron obligadas a marchar bajo el látigo, como recuas de ganado. Tuve conocimiento de tres casos en los cuales las mujeres dieron a luz en el camino, y todas

murieron a consecuencia de hemorragias porque sus brutales conductores las obligaron a seguir la marcha. Algunas perdieron de tal modo las fuerzas que abandonaron a sus pequeñuelos a la vera del camino» (Informe de la Comisión Americana).

Esto último ha sido comprobado por diversos conductos. Uno de los testimonios obtenidos por el vizconde Bryce nos dice que una mujer arrojó «en un pozo a su pequeñuelo agonizante para no presenciar la desgarradora escena de su última agonía»[42]. Otra mujer que se asfixiaba en un vagón de transportar ganados, en el Ferrocarril de Anatolia, arrojó su criatura a la vía férrea.

> «Seis madres, sumidas en la mayor angustia, al pasar por la estación de Konieh[43], de este mismo Ferrocarril, entregaron sus hijos a familias armenias de la ciudad a fin de salvarlos de una muerte cierta. Ignoraban adónde se las conducía. Pero las autoridades locales arrebataron los pequeños a los armenios y los pusieron en manos de los musulmanes».

Este último incidente aparece relatado en la carta confidencial dirigida a un eminente eclesiástico armenio antes mencionada; y las pruebas levantadas por el Comité Americano revelan hechos más horribles todavía.

> «Un armenio me refirió que había abandonado dos niños en el camino porque no podían caminar; y no sabía si habrían muerto de hambre y de frío, si alguna alma caritativa los habría recogido, o si habrían sido presa de las bestias feroces. Parece que muchos niños fueron abandonados de la misma manera, y se dice que uno fue arrojado en un pozo».

Esto confirma el testimonio que sobre el mismo incidente se ha obtenido por otros conductos, y hay pruebas, igualmente concluyentes, de otros incidentes tan horribles como el citado.

> «Vi una niña de 3 años y medio que por todo vestido llevaba una camisa hecha jirones. Había venido a pie... Estaba en extremo demacrada y tiritando de frío, lo mismo que el gran número de niños que tuve ocasión de ver aquel día» (Informe de la Comisión Americana).

Uno de los testigos presenció el desfile de una de estas caravanas.

«Caminaban lentamente; muchos se desmayaban por falta de alimento. Vimos a un hombre que llevaba en brazos a su hijo, de un día de nacido, y tras él iba la madre, caminando como mejor podía, impelida por el garrote del gendarme turco. No era raro ver a las mujeres caer de bruces y levantarse en seguida bajo los palos de los guardianes» (Informe Americano).

«Una mujer joven, cuyo marido había sido reducido a prisión, fue deportada con su criatura de 15 días, y solo se le permitió llevar un pollino[44]. Después de día y medio de viaje un soldado le robó el animal y tuvo que seguir la marcha a pie con elpequeño en brazos» (Informe Americano).

El robo de sus haberes no fue, con todo, lo peor que pudo sucederles. Estas infelices mujeres eran deshonradas de la manera más obscena, porque las que no hubieran traído unos pocos chelines al bolsillo de los gendarmes, mediante su venta a musulmanes ricos, eran abandonadas a la brutal lujuria de aquellos.

«En cierto lugar, el comandante de la gendarmería dijo francamente a los soldados, a quienes entregó unas cuantas mujeres y niñas, que estaban en libertad de hacer de ellas lo que gustasen» (Informe Americano).

«Los armenios deportados de cierta población —declara otro testigo que los vio pasar— se hallaban en tal estado que no era posible reconocerlos después de una marcha de 12 días... Y aun en situación tan deplorable los estupros[45] y otros actos de violencia eran de ocurrencia diaria» (Informe Americano).

La edad era la única barrera para estos actos de infamia, y había algunas mujeres de edad avanzada en las caravanas. Ni la edad ni las enfermedades las eximían de aquella muerte lenta por la deportación.

«El caso que en seguida anotamos se destaca entre los demás. Se trata de la hermana de F., cuyo marido había trabajado en nuestro hospital como enfermero de soldados durante varios meses. Enfermó ella de tifo[46], y fue conducida a nuestro hospital... Pocos días antes de la deportación, el marido fue reducido a prisión y desterrado sin fórmula de juicio y sin haber cometido falta ninguna. Cuando los vecinos del barrio en que vivían fueron deportados, la mujer fue sacada de su cama en el hospital y colocada con sus hijos en un carro de bueyes» (Informe Americano).

Bien podían esperar sus perseguidores que los enfermos y los ancianos morirían en el camino sin que hubiera necesidad de matarlos.

> «Las mujeres sabían que se las conducía a algo peor que la muerte, y muchas guardaron veneno para usarlo en caso necesario. Algunas llevaban azadas para abrir sepulturas para aquellos que, desde luego, se sabía morirían en el viaje» (Informe Americano)[47].

Algunas veces su infortunio terminaba de manera inesperada y rápida, cuando sus victimarios satisfacían prematuramente su sed de sangre. En una pequeña aldea la tragedia se desarrolló en un acto solamente.

> «Hombres y mujeres, 45 por todos, fueron conducidos a un valle cercano a la población. Los oficiales de la gendarmería violaron a las mujeres y las entregaron luego a los gendarmes para que les diesen muerte. Según informa el testigo, dieron muerte a un niño destrozándole la cabeza contra una roca. A los hombres se les asesinó y de aquel grupo de 45 no quedó con vida uno solo» (Informe Americano).

> «El éxodo forzado del resto de la población armenia, en cierto distrito, se efectuó el 1 de junio de 1915. Ya habían sido evacuadas todas las aldeas y tres cuartas partes de la ciudad. Una escolta de 15 gendarmes seguía al tercer convoy en el cual se contaban 4.000 o 5.000 personas. El prefecto de la ciudad les había deseado un viaje feliz; pero a pocas horas de marcha la caravana fue rodeada por cuadrillas de una tribu de bandoleros y por una multitud de aldeanos turcos armados de fusiles, hachas y garrotes. Empezaron por robar a los deportados, examinando los bolsillos de todos, sin excluir a los niños más pequeños. Los gendarmes vendieron a los campesinos turcos todo lo que no pudieron llevarse. Después de haber tomado hasta los alimentos de aquellos infelices, principió la matanza de los hombres, sin excluir a dos sacerdotes, uno de los cuales contaba 90 años de edad. En el curso de 6 o 7 días todos los hombres mayores de 15 años habían sido asesinados. Fue aquel el principio del fin: unos cuantos jinetes desgarraron los velos que cubrían a las mujeres y se llevaron las que les parecieron hermosas» (Informe Americano).

Y ahora viene el relato vívido de una señora que padeció el suplicio de aquella marcha infernal (Informe Americano).

Refiere cómo principió el crimen con el asesinato del obispo y de siete personas notables, quienes perecieron en la horca, y la matanza en masa de cerca de 80 hombres, en un bosque, después de haber estado presos y de haber sido azotados en la prisión.

«El resto de la población fue deportado en tres grupos. Yo me encontraba en el tercero. Mi marido murió hace 8 años y nos dejó extensas posesiones que nos permitían vivir con comodidad a mi madre, a mi hija de 8 años y a mí. Desde que se efectuó la movilización, un comandante otomano ha vivido en mi casa sin pagar nada por su alojamiento. Me dijo él que no partiera, pero yo creí de mi deber seguir la suerte de mis compatriotas. Llevé tres caballos cargados de provisiones. Mi hija llevaba unas monedas de 5 liras alrededor del cuello y yo oculté en mi traje unas 20 liras y 4 anillos de diamantes. Todo lo demás lo dejamos. Nuestro grupo emprendió la marcha el 1 de junio (calendario antiguo[48]) e íbamos custodiados por 15 gendarmes».

Describe luego, detalladamente, el ataque por sorpresa en el camino, el asesinato de los dos sacerdotes y de todos los hombres mayores de 15 años. Todo les fue arrebatado: sus caballos, sus objetos de valor y sus alimentos.

«Muchas mujeres y niñas fueron llevadas a las montañas, entre ellas mi hermana, cuyo pequeñuelo de un año arrojaron lejos. Un turco lo recogió y se adueñó de él. Ignoro adónde se lo llevaría. Mi madre caminó hasta que le flaquearon las fuerzas y cayó, sin aliento, sobre una peña, a la vera del camino. En este encontramos a muchos de los que habían formado parte de los grupos anteriores, y los cadáveres de algunas mujeres se veían al lado de los de sus esposos e hijos. También encontramos algunos ancianos y algunos pequeñuelos, vivos todavía, pero en un estado lastimoso. De tanto implorar misericordia habían perdido la voz».

Y en este punto también el anterior testigo corrobora los demás testimonios.

«En el camino —dice ese otro testigo— hallábamos con frecuencia los cadáveres de hombres y de jóvenes cubiertos de sangre. También se veían mujeres y niñas muertas cerca de los cadáveres de sus maridos, de sus hijos o de sus

padres. En las faldas de las montañas y en lo hondo de los valles se veían ancianos y niños en gran número tendidos por tierra».

Habían ido quedando en la senda recorrida por los convoyes anteriores; y el mismo cuadro de muerte ha sido pintado por testigos que siguieron tras otra caravana, por alguna distancia, desde su punto de partida.

> «A muchas personas se las obligó a marchar a pie, sin dinero y llevando únicamente lo poco que alcanzaban a recoger en sus casas y que podían llevar a la espalda. Como era natural, se fatigaban pronto y se quedaban atrás; entonces los gendarmes las atacaban con la bayoneta y las arrojaban al río. Sus cadáveres flotaban hacia el mar o quedaban detenidos por las rocas en el cauce poco profundo del río, y allí permanecían por 10 o 12 días hasta que se corrompían».

Y los que tal suerte corrían eran más afortunados, pues escapaban a los tormentos que padecían los sobrevivientes.

> «No se nos permitía dormir en las aldeas —dice la señora armenia— y teníamos que pasar la noche fuera. Al amparo de la oscuridad, los gendarmes, los bandidos y los habitantes del poblado cometían atrocidades indescriptibles. Muchos murieron de hambre y de apoplejía[49]. Otros quedaron postrados en la vía, de tal modo debilitados que no les fue posible seguir la marcha». El otro relato confirma, casi con las mismas palabras, lo relatado por la señora armenia, y agrega: «Las gentes se vieron en la necesidad de comer yerba».

Y, con todo, fueron muchos los que no sucumbieron, y los gendarmes tuvieron que apelar a medidas todavía más brutales para reducir su número.

> «Los peores horrores, los que nadie puede imaginar siquiera —continúa la señora—, nos estaban reservados en las márgenes del Éufrates occidental —Kara Su[50]— y en la llanura de Erzindjan[51]. El espectáculo de los cuerpos mutilados de mujeres, de niñas y de niños llenó de pavor a todo el mundo. Los bandidos cometieron toda clase de violencias con las mujeres y con las niñas que iban con nosotros, y sus gritos de horror llenaban el espacio. En el Éufrates, los bandoleros y los gendarmes lanzaron al río a los niños menores de 15 años que aún quedaban. Los que

sabían nadar fueron acribillados a balazos mientras luchaban con la corriente».

La señora que esto refiere estaba destinada a sobrevivir a todo aquello.

No fue sino a los 32 días de marcha cuando hicieron una parada temporal; allí termina el relato.

Qué suerte haya corrido esta mujer después, no lo sabemos. Aquel lugar de parada estaba situado a menos de la mitad del camino hacia el término de su viaje, y los sufrimientos de ese primer mes apenas pueden imaginarse. La mera crueldad física es abrumadora: una señora obligada a recorrer a pie, por espacio de 32 días, un camino áspero a través de la región más montañosa del mundo. Los padecimientos morales solo podrían medirse por la propia experiencia. Y este relato es solamente uno entre muchos, y si lo hemos insertado en estas páginas es porque está hecho con exactitud por dos testigos, no porque él sea el único de esta clase. Por el contrario, los mismos horrores se vieron en centenares de ciudades y aldeas en Anatolia y en el curso de miles de millas de veredas perdidas en montañas selváticas; horrores cometidos y repetidos desde el mes de abril hasta el presente. Y no hay duda de que los relatos son verídicos. Los testimonios recogidos por el Comité Americano fueron todos jurados y recibidos por personas autorizadas. No son denuncios vagos ni generalizaciones exageradas. Hay, desde luego, muchas informaciones generales de estas atrocidades, además de estos testimonios individuales; pero esas informaciones están también exentas de vaguedad y de exageración, y cuando se las compara con los informes de primera mano concuerdan con estos hasta en los más mínimos detalles.

Tenemos, por ejemplo, el resumen preparado por el profesor Hagopian —publicado en el periódico *Armenia* de Marsella el 1 de septiembre de 1915— de las impresiones generales recogidas por un testigo venido recientemente a Constantinopla desde el interior de Anatolia. Describe, con sobriedad y exactitud, los grupos de prisioneros conducidos a través de las montañas, los golpes que recibían a manos de los gendarmes, los alumbramientos en los caminos, la muerte de las mujeres y de los ancianos que caían completamente agotados y hasta el incidente de la mujer que arrojó a su pequeñuelo en un pozo. Véase lo dicho antes sobre esto.

La descripción, un tanto más larga, hecha en una carta dirigida a un eclesiástico armenio residente en territorio neutral, es tan notable

por el modo como concuerda con los demás testimonios que merece ser citada en corroboración de ellos.

> «En cuatro provincias —dice esta carta— las autoridades locales dieron facilidades a los condenados a la deportación: 5 o 10 días de gracia, permiso para hacer una venta parcial de sus bienes y el privilegio de tomar en alquiler un carro entre varias familias; pero, al cabo de varios días, los carreros las dejaron en el camino y regresaron a la ciudad.
>
> *Las caravanas así formadas solían encontrar al siguiente día o pocos días después de su salida cuadrillas de malhechores o partidas de aldeanos musulmanes que las despojaban de cuanto llevaban. Los salteadores se entendían muy bien con los gendarmes y asesinaban a los pocos hombres o muchachos que hubiera en la caravana. Se llevaban a las mujeres, las doncellas y los pequeñuelos, dejando solamente a las mujeres viejas, que tenían que seguir la marcha bajo los golpes y el látigo de los gendarmes hasta morir de hambre en el camino. Un testigo declara que las mujeres deportadas de cierta provincia fueron abandonadas, después de varios días, en la llanura de Kharpout[52], donde todas murieron de hambre —50 o 60 en un día—. Las autoridades se limitaron a enviar unas pocas gentes para que les dieran sepultura, a fin de evitar que los cadáveres en descomposición pusieran en peligro la salud de la población musulmana…*
>
> *Delante de las oficinas del Gobierno, en todas las ciudades y aldeas por donde pasan las caravanas de mujeres y niños, las víctimas son puestas en exhibición a fin de que los musulmanes escojan las que les plazcan.*
>
> *La caravana despachada de… —la ciudad de donde fue deportada la señora cuyo relato citamos atrás— fue reduciéndose de esta manera, y las mujeres y los niños que quedaron fueron arrojados al Éufrates, en un sitio llamado Kemakh-Boghazi[53], en las afueras de Erzindjan».*

Este pasaje es especialmente importante porque refiere hechos sobre los cuales ya tenemos dos testimonios independientes de testigos presenciales. Quienquiera que se tome el trabajo de comparar las palabras que hemos transcrito en bastardilla con los extractos que hemos hecho del relato de la señora armenia y de una de sus compañeras de infortunio se convencerá de que el informe general —

o sea, la relación de los hechos que desde el interior de Anatolia llegó a Constantinopla y a Marsella— está muy lejos de ser exagerado. Es menos horrible, menos extrema en sus detalles, que el mismo testimonio original; y esta evidente moderación en la repetición del rumor común, en un caso que bien podemos considerar de prueba, nos hace pensar que son igualmente ciertos aquellos incidentes que solo se fundan en pruebas secundarias.

Estas pruebas secundarias son, sin embargo, superfluas en realidad. Los testimonios irrecusables son lo suficientemente abundantes y convincentes para la absoluta comprobación del crimen. Son declaraciones concretas, de que dan fe individuos bien conocidos que presenciaron estas atrocidades o fueron víctimas de ellas. Por razones de elemental prudencia ha sido necesario no revelar sus nombres; pero quienquiera que pase la vista por el Informe de la Comisión Americana verá —por el número de los espacios en blanco en que debieran aparecer esos nombres— cuán directas y personales son las pruebas de que se trata.

Más todavía: los testimonios emanan de muchas fuentes, independientes unas de otras. De la ciudad en donde quedó interrumpido el viaje de la señora armenia tenemos el relato de un extranjero residente, ciudadano de un país neutral. Es una ciudad del Éufrates oriental —Murad Su[54]—, en donde se juntan los caminos que van del norte al sur y por allí pasaron muchas caravanas de deportados. Este extranjero escribe:

> «Si simplemente se tratase de verse obligado a salir de aquí para ir a cualquiera otra parte, ello no sería tan malo; pero todo el mundo sabe que marcha a una muerte segura. Si alguna duda quedaba sobre el particular, se ha desvanecido con la llegada de varias partidas procedentes de Erzeroum[55] y Erzindjan, que suman varios miles de personas. He visitado sus campamentos muchas veces y he hablado con algunas de ellas. Están, casi sin excepción, harapientas, sucias, hambrientas y enfermas. No tiene esto nada de sorprendente si se considera que han pasado cerca de dos meses en los caminos, sin cambiarse de ropa, sin posibilidad de lavarse, sin techo que las cubra y con muy poco que comer. El Gobierno les ha dado aquí una miserable ración. Estuve observándolos una vez a la hora en que les trajeron algún alimento: si hubiesen sido animales salvajes, sus actos no habrían sido más repugnantes. Se lanzaron sobre los guardias que llevaban la comida y estos los rechazaron con sus garrotes, asestándoles golpes tan

violentos que, en algunos casos, causaban la muerte. Al contemplarlos era muy difícil creer que aquellos infelices fueran seres humanos».

«Si recorre uno el campamento, las madres le ofrecen sus pequeñuelos y le ruegan que se los lleve. En efecto, los turcos han escogido muchos de los niños y de las doncellas para hacerlos esclavos o algo peor. Los han hecho examinar por sus médicos y así se han apoderado de las doncellas que están en mejor condición…»

«El número de hombres es muy reducido, pues la mayor parte han perecido en el viaje. Todos refieren la misma historia de haber sido atacados y robados por los kurdos. Muchos fueron atacados repetidas veces y muchos fueron asesinados, especialmente los hombres, aunque tampoco se ahorraron las vidas de las mujeres ni de los niños. En el camino murieron muchos de agotamiento y de diversas enfermedades; y, desde que están acampados aquí, se registran varias defunciones por día. Han llegado varias partidas y, después de permanecer aquí uno o dos días, se las hace continuar la marcha sin que se sepa precisamente hacia dónde van. Los llegados a este lugar son únicamente un pequeño residuo de los que salieron; y, con este sistema de marchas forzadas, será posible aniquilarlos a todos en un tiempo relativamente corto.»

«Tuve ocasión de hablar con tres hermanas. Habían sido educadas en … y hablaban un inglés excelente. Su familia era la más rica en … y constaba de 25 personas cuando emprendieron la marcha; pero quedaban ya únicamente 14. Los otros 11, incluyendo el marido de una de ellas y su anciana abuela, habían sido asesinados por los kurdos en presencia de ellas. El varón de más edad entre los sobrevivientes de la familia contaba apenas 8 años. Cuando salieron de … tenían dinero, caballos y algunos efectos de uso personal; pero habían sido robadas de todo, inclusive sus vestidos. Dijeron que a algunas de ellas las habían dejado completamente desnudas y a otras con una sola prenda de vestir, de suerte que, cuando llegaron a una aldea, los gendarmes les consiguieron ropas de algunas mujeres del pueblo.»

«Otra joven con quien hablé era la hija del pastor protestante de… Me refirió que todos los miembros de su

familia que la acompañaban habían sido asesinados y que ella había quedado completamente sola. Estos y algunos más son unos pocos sobrevivientes de las clases altas. Están detenidos en una escuela abandonada, en las afueras de la población, y a nadie se le permite la entrada. Me dijeron que, en realidad, estaban presos y que solo les era permitido ir a la fuente inmediata al edificio. Fue precisamente allí donde tuve ocasión de verlos. Todos los demás deportados están acampados a campo abierto, sin protección ninguna del sol».

«La situación de estas gentes indica qué suerte han corrido o habrán de correr los que ya han partido de aquí o partirán próximamente. Creo que nada ha vuelto a saberse de ellos y probablemente llegará a saberse muy poco. Parece que el sistema empleado ha sido el de tener partidas de kurdos al acecho en los caminos para que asesinen de preferencia a los hombres e incidentalmente a algunos de los demás. Todo el movimiento parece ser la matanza más meticulosamente organizada y eficaz que se haya visto nunca en este país».

Tal es el veredicto de un testigo presencial que vio el plan del Gobierno otomano en plena acción. Presenció, 20 siglos después de Cristo, los mismos horrores que se habían cometido en esas mismas regiones seis u ocho siglos antes de la era cristiana. Cuando leemos que los gobiernos asirios o babilónicos «enviaron al cautiverio» a este pueblo o a aquella tribu, escasamente nos damos cuenta de lo que tal cosa significa. Tampoco nos afecta mucho la representación pictórica del hecho en los bajorrelieves del conquistador, a pesar de su realismo. Pero ahora sí podemos apreciar lo ocurrido entonces y lo ocurrido ahora. Las atrocidades han sido cometidas en nuestro tiempo y el crimen del asirio no tuvo el horrible carácter que ha tenido el del turco. «La matanza organizada y eficaz»: eso y no otra cosa significa aquella deportación, y tal ha debido ser siempre el propósito de sus organizadores. Los asirios, sin embargo, dejaban a los sobrevivientes una esperanza de vida al final del viaje. Les daban casas y tierras y no era raro que surgiese una nueva comunidad en el destierro. El turco es más constante en su crueldad. Estas gentes debían ser deportadas a la muerte, sin que nada en el mundo pudiera salvarlas. «Creo que nada ha vuelto a saberse de los que salieron de aquí y probablemente llegará a saberse muy poco», dice el testigo. Desgraciadamente, se equivocaba. Es evidente que la mayor parte de los que fueron conducidos a través de las montañas desde el lejano septentrión[56] perecieron, como él lo pensó, durante tan terrible viaje; pero otros, procedentes de Cilicia y de la Siria septentrional, que no tenían que

recorrer un camino tan largo, no tuvieron la suerte de morir en el viaje. Les estaba reservada la escena más horrible y más pavorosa de la tragedia.

IV. EL FINAL DE LA JORNADA

El acto final ideado por los jóvenes turcos no fue precisamente una novedad. Ya lo habían ensayado, en pequeña escala, pocos años antes, cuando el «Comité de Unión y Progreso» suplantó al régimen hamidiano en Constantinopla y se dedicó a eliminar los abusos que se cometían en la ciudad. La peor de las calamidades era el sinnúmero de perros sin dueño que varias generaciones tolerantes habían permitido vagar por las calles, ejerciendo, por decirlo así, las funciones de los barrenderos que la indolente Administración municipal no había establecido. Los jóvenes turcos libertaron a la población, de una manera rápida y efectiva, de aquellos poco deseables inquilinos. Los recogieron en botes que fueron amarrados a la orilla de una isla desierta, en el mar de Mármara, en donde los animales resolvieron el problema de su porvenir muriéndose de hambre. Cuando Enver y sus amigos estaban meditando sobre el problema de los armenios, en la primavera pasada, no se olvidaron de tan fructuoso precedente.

Es evidente que los armenios —o, a lo menos, aquellos que sobrevivieron a la deportación— fueron eliminados como lo fueron los perros de Stambúl[57]; y, al efecto, el Gobierno escogió dos lugares en donde llevar este plan a cabo. Uno de estos sitios fue Sultanieh, una aldea del distrito de Konia, en el centro de Anatolia; y hay que confesar que la escogencia fue hecha científicamente, porque Anatolia es una meseta, con una periferia de montañas, bien irrigada y cubierta de bosques, hacia el lado del mar. De este lado están situadas las poblaciones habitadas por armenios; y hacia el interior de Anatolia se encuentra un desierto cruel en donde no halla el turco nómade recursos ningunos. Mil familias de armenios, procedentes de las ciudades, reunidas tras marchas penosísimas, experimentaron en Sultanieh todas las penalidades del desierto. Mil familias, entre las cuales solo se contaban 50 hombres adultos[58], teniendo que atender a las necesidades de un sinnúmero de mujeres desvalidas, de niños y de inválidos, fueron así abandonadas de pronto a sus propios recursos y en un lugar tan anormal y extraño para ellas como lo hubiera sido para las gentes de la clase media de cualquier ciudad de Inglaterra o de Francia. Una vez establecida aquella «colonia agrícola» en el yermo, el Gobierno quedó satisfecho y no se preocupó ya más de sus colonos.

Tenía la certidumbre de que morirían, pero acaso no previó la circunstancia de que su horrible muerte fuera anotada por testigos dignos de fe y comunicada al mundo civilizado. Véase el testimonio de

una persona residente en Konia. Está fechado el 3 de septiembre de 1915 y describe todo el curso del crimen cometido en el desierto de Anatolia.

«En Eski Shehir se encuentran entre 12.000 y 15.000 confinados en los campos cercanos a la estación, y su desamparo y miseria son evidentes. La mayor parte carecen de techo que los cubra y solo unos pocos están guarecidos en tiendas miserables, improvisadas con débiles armazones cubiertas con mantas y alfombras en algunos casos, pero, en lo general, con simples telas de hilo que no ofrecen protección ninguna contra el agua; y las fuertes lluvias del otoño principiarán pronto…

No se han tomado providencias ningunas para la alimentación de estas gentes y, en materia de víveres, parece que tienen muy poca cosa, si es que tienen algo. En el lugar morían de 40 a 50 por día.

En Alayund había cerca de 5.000 confinados en iguales condiciones. En su mayor parte eran procedentes de Brusa, y aquellos con quienes tuve ocasión de hablar me refirieron la misma historia. En el curso de dos semanas el Gobierno había hecho dos distribuciones de pan, ninguna de ellas suficiente para durar más de un día, y fuera de esto no se les había dado nada más. Yo vi a los policías golpear a los confinados con palos y látigos cuando algunos de ellos, de la manera más ordenada y con la mayor compostura, intentaron dirigir la palabra a sus compañeros en el tren.

En Tchai vi 2.000 confinados más en idéntica situación. Había caído una fuerte lluvia en el lugar y la consiguiente humedad ocasionó muchos padecimientos, enfermedades y muertes, especialmente entre los niños…

En la actualidad hay en Konia unos 10.000 refugiados armenios… Están acampados, en su mayor parte, cerca de la estación del ferrocarril. No se puede recorrer el campamento, siquiera por corta distancia, sin encontrar enfermos tendidos en todas direcciones. No se ha tomado ninguna medida sanitaria y las condiciones son propias para que se desarrolle una epidemia.

La policía usa constantemente el garrote y el látigo, sin hacer excepción de las mujeres y de los niños. Piénsese en la situación de esa gente, entre la cual se cuentan muchas

personas cultas, educadas, distinguidas, tratadas como perros por esos hombres brutales. He visto mujeres cubiertas de manchas negras y azules a consecuencia de los golpes que han recibido. En la estación, un grupo de amigos suyos buscaba la manera de llevar al hospital a una mujer a quien le habían fracturado la cadera; el comisario de policía vino y dio orden de que se la volviese al carro. Ayer, un policía mató a un muchacho de un golpe en la cabeza. El párroco de la Iglesia de Nicomedia fue azotado y recibió una herida profunda en la frente a consecuencia de un garrotazo. En el curso de los últimos cuatro días los habitantes de las aldeas situadas arriba de Baghchojik han sido expulsados hacia este lugar y han llenado el campamento. Se los ha traído aquí sin protección ninguna contra el intenso calor; y la provisión de agua es tan escasa que solo tras una reñida lucha logran llenar sus cántaros en la fuente. Su estado despierta la mayor compasión. El suelo de nuestra farmacia está cubierto todo el día de enfermos, casi todos de gravedad».

Fue esta la última etapa antes de Sultanieh, la nueva «colonia agrícola» situada en medio del desierto.

Pero no fue Sultanieh, en manera alguna, el peor de los osarios escogidos para lo que quedaba de la raza armenia. El mayor número fue enviado más lejos todavía, hacia el sudeste; y, después de concentrarlos en Alepo, capital de la Siria septentrional, se los dispersó en las distantes provincias de Arabia.

Entre Anatolia y Arabia se efectúa la confluencia de la parte occidental y de la parte sudeste del Imperio otomano. Obsérvase allí un violento contraste de climas, pues las tierras altas de Anatolia son muy semejantes a Europa en sus condiciones climáticas, y los armenios que allí viven no solamente tienen una civilización europea, sino que están prácticamente acostumbrados a un clima igual al europeo. Es el mismo clima que el de la península balcánica o de Austria-Hungría. Pero, una vez que se baja la última serie de mesetas de aquellas tierras elevadas o se sigue el curso del Éufrates por las cañadas que descienden de las montañas de Armenia y van a perderse en la Mesopotamia, se pasa repentinamente de un clima europeo a uno semitropical. Se encuentra entonces el viajero en Arabia, en medio de un vasto anfiteatro que desciende gradualmente hacia el sudeste hasta el golfo Pérsico, y se penetra en las regiones más ardientes del globo. Este anfiteatro ha presenciado muchas horripilantes tragedias en su tiempo; pero acaso ninguna más terrible que la actual, en que su mortífero clima ha sido impuesto como

sentencia de muerte a los armenios confinados allí y enviados desde los climas suaves del norte, a que estaban acostumbrados.

En seguida transcribimos el relato de un individuo residente en Alepo que presenció el desfile, a través de la ciudad, de aquel rebaño de infelices que marchaban al sacrificio.

> El tétrico rumor de la penosa peregrinación había precedido a su llegada, y «en un principio —dice— no se dio mayor crédito a lo que se decía; pero, como muchos de los refugiados están ya en Alepo, no queda duda ninguna al respecto. El 2 de agosto, cerca de 800 mujeres de edad madura y ancianas, acompañadas de sus hijos menores de 10 años, llegaron a pie desde Diyarbekir, después de 45 días de marcha, en la condición más lamentable que pueda imaginarse. Refieren que los kurdos se apoderaron de todas las mujeres jóvenes y de las doncellas; que fueron robadas hasta de su última moneda y de cuanto tenían; y citan multitud de casos de muertes por hambre, de privaciones de todo género y de penalidades sin fin. El estado deplorable en que se encuentran comprueba su relato hasta en los más pequeños detalles.
>
> Se me informa que 4.500 personas fueron enviadas de Sughurt a Ras-el-Ain[59]; más de 2.000, de Mezereh a Diyarbekir, y que todas las ciudades de Bitlis, Mardin, Mosul, Severek, Malatia, Besnoh, etc., han sido expurgadas de armenios. Los hombres, los muchachos y muchas de las mujeres fueron asesinados, y el resto fue dispersado en distintas direcciones. Si esto es cierto, y no cabe duda de que lo es, ni siquiera los últimos lograrán escapar a la muerte causada por la fatiga, el hambre y las enfermedades. El gobernador de Der-el-Zor, que está ahora en Alepo, dice que en su ciudad hay 15.000 armenios. Con frecuencia tienen que vender a los pequeños para no morirse de hambre, pues puede decirse que el Gobierno no les pasa ración ninguna».

El número había llegado a 20.000 el 19 de agosto, fecha de otra carta escrita por un testigo distinto:

> «Desde el 1 de agosto para acá han llegado, hasta ahora, 20.000 confinados a Alepo. La mayor parte de los trenes fueron pasados a la línea entre Damasco y Hama y recorrieron la vía hacia el sur con el fin de dispersar su cargamento humano entre los árabes y los drusos[60],

permitiendo a unos pocos solamente el quedarse por ahora en Alepo. Todos refieren conmovedoras historias de penalidades, de abusos, de robos, de atrocidades cometidas con ellos en el camino; y, exceptuando a los de Aintab[61], no se contaban sino muy pocos hombres, niñas mayores de 10 años o mujeres en edad de casarse entre ellos. El que esto escribe ha oído el relato de los viajeros que vienen del interior, quienes refieren que los caminos están sembrados de cadáveres. Entre Ourfa y Arab-Pounar, una distancia de unas 25 millas, vieron más de 500 muertos en la vía, a los cuales no se había dado aún sepultura…

El lema es este: "Turquía para los musulmanes". Personas prudentes, a quienes no puede tacharse de exageradas, y además bien informadas, estiman en más de 500.000 el número de personas sacrificadas hasta el 15 de agosto. El territorio afectado incluye las provincias de Van, Erzeroum, Bitlis, Diyarbekir, Mamuret-ul-Aziz, Angora y Sivas, en donde los armenios han sido ya prácticamente exterminados, dejando a Alepo y a Adana, en donde habrá de completarse la obra y en donde el movimiento de destrucción está ya haciendo rápidos progresos».

Sin embargo, en Alepo la miseria aumentó de tal suerte que eclipsó todo lo ocurrido en Cilicia y en las provincias situadas más al norte. Podemos apreciar la impresión que lo ocurrido allí causó a una persona residente en Mersina por una carta escrita el 22 de septiembre, en la cual procura describir los horrores cometidos en su propio distrito.

«El número de armenios enviados de la región de Adana —escribe— alcanza ahora un total de 25.000, y esto sin contar los muchos miles que vienen del norte y que pasan de largo. La miseria, los sufrimientos y penalidades soportados por estas gentes son indescriptibles. Son innumerables las muertes. Centenares de niños son abandonados por sus padres, quienes no tienen el valor de verlos sufrir o carecen de fuerzas para atenderlos. Muchos van quedando a la vera de los caminos, y se citan algunos casos de niños arrojados por las ventanillas de los vagones de ferrocarril. Otras crueldades de los policías y demás empleados aumentan la triste condición de estas gentes. Y, con todo —continúa—, *se dice que lo ocurrido en este vecindario no es nada en comparación con lo que se ha visto en el trayecto comprendido entre Osmanieh y Alepo*, en donde la

aglomeración de gente y la falta de recursos hacen imposibles la alimentación y el transporte…»

¡Ser abandonados de esa manera, a morir de hambre, como los perros parias de Constantinopla! Tal fue el miserable destino de aquellos armenios deportados a centenares de millas de sus hogares. La penúltima etapa de su peregrinación, en aquella ciudad situada a orillas del Murad Su —ya hemos citado antes la descripción hecha por un testigo presencial—, debió parecer a muchos la culminación de su infortunio; pero acá, en Alepo, tuvieron que padecer peores tormentos, y lo peor de todo no había llegado aún. El lugar en donde habían de cumplirse hechos todavía peores lleva el nombre siniestro de Der-el-Zor. Alepo está situada en un oasis del desierto, y el río que la baña se hunde, en una serie de pantanos, a cosa de un día de viaje hacia el sudeste de la ciudad. En aquellos pantanos se instaló a los primeros que llegaron, pero no hubo espacio en ellos para número tan grande y las partidas que llegaron después fueron enviadas más allá, a cinco días de camino, a la ciudad de Der-el-Zor, capital de la provincia inmediata, siguiendo el curso del Éufrates, y en donde el río se encamina hacia el golfo Pérsico atravesando las ardientes estepas del anfiteatro árabe.

En estas marchas finales las víctimas tuvieron otros victimarios. Los kurdos se quedaron en las mesetas y los beduinos entraron a reemplazarlos. «Estas víctimas infelices de la saña y la lujuria de sus opresores habrían preferido mil veces morir de un balazo, en sus propias montañas, a ser arrastradas de esta suerte por el país. Muchos han muerto de hambre y de los golpes recibidos en el camino, y la mayor parte mueren ahora mismo de inanición, de sed y del horror que les causa el ser secuestradas por los árabes de Anazeh[62], en el desierto adonde se las ha llevado». Y es tal la naturaleza del país que esos mismos árabes mueren de hambre en sus yermos nativos, como ya lo ha consignado otro testigo. En tales condiciones llegaron a Der-el-Zor.

Tenemos una relación detallada de lo que está sucediendo en Der-el-Zor, hecha por persona en quien puede tenerse pleno crédito. Nos referimos al testimonio de Fräulein Beatrice Rohner, misionera suiza de Basilea. La señorita Rohner ha presenciado los padecimientos de los armenios en Der-el-Zor y ha publicado una descripción de ellos en el periódico *Sonnenaufgang* —«El Sol Levante»—, órgano de la *Deutscher Hilfsbund für Christliches Liebeswerk im Orient* —Liga Alemana de Ayuda para la Obra de Caridad Cristiana en Oriente—. He aquí algunos extractos de su narración:

«En Der-el-Zor, una gran ciudad del desierto, poco más o menos a seis días de Alepo, vimos un espacioso khan[63] cuyos cuartos, techumbre y corredores estaban llenos de armenios, en su mayor parte mujeres y niños y unos pocos ancianos. Habían dormido envueltos en sus mantas dondequiera que habían logrado hallar sombra…

El clima del desierto es terrible para estos montañeses. Al día siguiente llegué a un vasto campamento armenio cuyas tiendas eran de piel de cabro; pero la mayor parte de aquellas infortunadas gentes estaban dormidas al sol, sobre las ardientes arenas. Los turcos les habían concedido un día de descanso, en atención al considerable número de enfermos. A juzgar por sus trajes, era evidente que habían sido gentes acomodadas. Eran naturales de Geben, otra población próxima a Zeitoun, e iban comandados por sus jefes religiosos. La muerte de cinco o seis de los niños era de diaria ocurrencia; en aquel momento se ocupaban en sepultar a una mujer joven, madre de una niña de nueve años, y me suplicaron que me llevase a la pequeña conmigo.

Los que por propia experiencia no conozcan el desierto no pueden ni siquiera sospechar los padecimientos que aquel viaje impone. El terreno es quebrado y no hay manera de guarecerse del sol; se camina por encima de rocas duras y desiguales, y no puede el viajero calmar la sed que lo devora, porque solo encuentra las aguas sucias del Éufrates, que serpea a lo largo de la vía.»

«Al día siguiente encontré otro campamento de estos armenios de Zeitoun. Los mismos sufrimientos indescriptibles, las mismas historias de dolor. “¿Por qué no nos matan de una vez?”, preguntaban. “No hemos bebido una gota de agua durante varios días y nuestros hijos lloran de sed. Los árabes nos atacan en la noche y roban nuestras ropas de cama y los vestidos que hemos logrado conseguir; secuestran a nuestras hijas y violan a nuestras mujeres. Si alguno se fatiga y no puede caminar, los gendarmes lo golpean. Algunas de nuestras mujeres se arrojaron desde las rocas al Éufrates para salvarse del deshonor, y algunas de ellas llevaban a sus pequeños en brazos”».

Los mismos horrores, relatados brevemente, aparecen en el artículo del profesor Hagopian, ya citado, que fue enviado por su autor al periódico *Armenia* de Marsella y publicado el 1 de septiembre de

1915:

> «Estos infelices confinados —procedentes en su mayor parte de Zeitoun— han sido instalados principalmente en dos lugares: una partida ocupa una región pantanosa que ha permanecido inhabitada a causa del paludismo mortal que la infesta; y los demás han sido enviados a un sitio todavía más insalubre, en la dirección del golfo Pérsico —Der-el-Zor—, cuyo clima es tan mortífero que han suplicado se los devuelva a los pantanos. Esta petición no ha sido atendida».

Y en los pantanos la muerte era la única perspectiva.

> «El paludismo los diezma y tiene por aliados la falta de alimento y de abrigo. ¡Y el Gobierno pretende que los envía a esos lugares a fundar una colonia! ¡Oh, cruel ironía! Y no tienen arados, ni simientes, ni pan, ni habitaciones. Están, en efecto, desprovistos de todo, con las manos vacías» (Informe Americano).

> «Cuando los refugiados llegaron por primera vez a Alepo —refiere el mismo testigo—, la población cristiana compró para ellos víveres y ropas; pero el vali les prohibió toda comunicación con los refugiados, alegando que tenían todo lo que podían necesitar. Unos pocos días después pudieron obtener el socorro que necesitaban».

En otras palabras, el plan del Gobierno fue burlado por la insistencia de los cristianos de la localidad; pero no por mucho tiempo.

> «La población armenia de Cilicia, confinada a las provincias de Alepo, Der-el-Zor y Damasco, morirá lentamente de hambre.»

> «De acuerdo con los informes que hemos recogido, el Gobierno se ha negado a dejar en sus casas hasta las insignificantes colonias armenias de Alepo y de Ourfa; si así no hubiera sucedido, habrían podido socorrer a sus infelices hermanos que fueron llevados mucho más lejos, hacia el sur. El catolicós de Cilicia, que está todavía en Alepo, se ocupa ahora mismo en distribuir los auxilios que le estamos enviando».

Los anteriores apartes son de la carta, tantas veces citada, de fecha 15 de agosto de 1915 y dirigida a un eclesiástico armenio de alto rango que vive en territorio neutral. Ella nos dice cómo el catolicós

armenio de Cilicia, el representante más prominente de su nación en aquellos alrededores, se ocupó en socorrer a las víctimas cuando los cristianos de la localidad no pudieron hacerlo. Y esto está comprobado por una carta anterior de Constantinopla, de fecha 15 de junio de 1915, publicada el 28 de agosto en el periódico armenio *Gotchnag* de Nueva York:

> «Entre las mil familias confinadas a Sultanieh apenas se cuentan 50 hombres. La mayor parte de estas gentes ha hecho el viaje a pie; algunas ancianas y varios niños de pecho han muerto en el camino; han ocurrido varios abortos, y las mujeres que los han sufrido han quedado abandonadas en la montaña. Ahora mismo, en el lugar de su destierro, se registran 12 muertes diarias entre las víctimas a causa del hambre y las enfermedades. En Alepo se necesitan 35 liras otomanas por día para surtir de pan a los deportados. Ya comprenderá Vd. cuál será su situación en el desierto, en donde los mismos árabes viven hambrientos.»

> «De Constantinopla se le ha enviado una suma de dinero al catolicós de Cilicia, quien se encuentra actualmente en Alepo presenciando la agonía y los padecimientos de su grey. Aquí, al menos, las autoridades permiten la distribución de socorros a estos desgraciados. En Sultanieh no ha sido posible, hasta ahora, hacerles llegar los socorros porque el Gobierno no ha querido conceder el permiso, a pesar de los esfuerzos de la Embajada Americana».

Estos esfuerzos de la filantropía extranjera no dieron resultado, a pesar de su insistencia. Otro periódico armenio, el *Bahag*, dice en su edición correspondiente al 9 de septiembre:

> «Una comisión de cinco miembros ha salido de América para Constantinopla con el fin de llevar socorros a los armenios en desgracia. La misión desea viajar por el interior del país a fin de apreciar bien la situación sobre el terreno y tomar las correspondientes medidas; pero el Gobierno turco les ha negado el permiso».

Así pues, los jóvenes turcos —luego que hubieron trasladado el resto de armenios a sus «colonias agrícolas»— se aseguraron contra cualesquiera medidas de socorro que, a última hora, pudieran venir a perturbar «la solución» completa de su «problema armenio».

Tal es, a grandes rasgos, la historia de lo sucedido a la población armenia; a una raza que vivía próspera y pacíficamente distribuida en

todas las ciudades y aldeas del Imperio otomano hasta hace solamente 8 meses. En la narrativa nos hemos limitado a seguir el curso «normal» del crimen, del plan tal y como fue organizado por el Gobierno en Constantinopla y llevado a efecto, en lo general, por sus subordinados locales. No hemos dicho nada acerca de los refinamientos de crueldad; y, sin embargo, el horror asumió en ciertos casos caracteres fuera de lo ordinario debido a la iniciativa de gobernadores especialmente crueles o de gendarmes brutales en demasía. Con frecuencia se sometió a los hombres a torturas dignas de la Edad Media antes de proceder a asesinarlos; y el informe de un extranjero residente en una ciudad de Anatolia, que en seguida se inserta, está confirmado por otros menos detallados:

> «Un día fui llamado a una casa y vi una sábana, de las usadas en la prisión, que iban a hacer lavar. Me informé de lo que pasaba mediante la cooperación de dos personas dignas de confianza que presenciaron parte de lo que ocurrió.
>
> El prisionero es colocado en un cuarto con dos gendarmes de cada lado; y otros dos, por turnos y hasta que se les agotan las fuerzas, lo bastonean sin piedad. En tiempo de los romanos lo más que se administraba eran 40 palos; pero en este lugar se apaleó a las víctimas 200, 300, 500 y hasta 800 veces. El pie se hincha; luego se revienta la piel a causa de los múltiples golpes. El prisionero es conducido entonces otra vez a la prisión y colocado en su cama por los otros prisioneros. A los que pierden el sentido a causa de los golpes se los revive por medio de baños de agua fría en la cabeza.
>
> Al día siguiente, o, para ser más exacto, durante la noche, pues el procedimiento se aplicaba también de noche en… y en…, se repite la operación, a pesar de las heridas de las víctimas. Yo estaba en…; pero en aquella prisión había también 30 prisioneros, y todos tenían los pies en tal estado que empezaron a quemárseles y hubo que amputarlos, cuando no se desprendieron por sí solos. Un joven fue azotado hasta morir en el espacio de cinco minutos; y, además de los palos, se empleaban también otros métodos, tales como la aplicación de hierros encendidos al rojo sobre el pecho» (Informe Americano).[64]

Pero acaso el número más abominable, en el programa oficial, lo ejecutó el gobernador de Trebisonda:

«Unas cuantas embarcaciones, llenas de gente, fueron despachadas, en diferentes ocasiones, a… La creencia general es la de que todas las gentes que iban en ellas perecieron ahogadas. En los primeros días de la persecución fueron conducidos a bordo de una lancha unos cuantos hombres, a quienes se suponía miembros del Comité Armenio, y se los envió a… Dos días después, un súbdito ruso, uno de los que habían partido en el bote, regresó por tierra a…, mal herido en la cabeza y tan loco que no podía hacerse entender.

Todo lo que podía decir era: "¡Boom! ¡Boom!". Las autoridades lo detuvieron y lo hicieron llevar al hospital municipal, en donde murió al siguiente día. Un turco dijo que el bote en cuestión había encontrado en su camino otro bote con gendarmes, y estos procedieron a matar a los hombres y a tirarlos al agua. Sin duda creyeron que los habían matado a todos; pero este ruso, que era un hombre vigoroso, solo quedó herido y logró ganar la costa a nado sin que lo notasen. Muchas son las lanchas que han salido de…, cargadas de hombres, y por lo general regresan vacías después de unas pocas horas».

Este relato es tomado de una declaración que aparece en el Informe de la Comisión Americana y está confirmado por otros de infinidad de procedencias. Ha sido repetido de un extremo a otro del Imperio otomano y no puede dudarse de que las pruebas son más que convincentes. El mismo testigo refiere luego cómo «gran número de cadáveres de mujeres y de niños han sido arrojados recientemente por el mar sobre la playa arenosa, al pie de los muros del monasterio italiano en esta costa, cadáveres que han sido enterrados por mujeres griegas en la misma arena en que los hallaron».

V. FALSAS EXCUSAS

Todas estas atrocidades, tanto el crimen concertado como sus aditamentos locales, fueron cometidas contra los armenios sin sombra de provocación. «Estamos en guerra —dirá probablemente el Gobierno turco—; estamos luchando por nuestra misma existencia. Los armenios fincaban esperanzas en la victoria de nuestros enemigos y conspiraban en favor de esa victoria. Eran traidores sueltos en una zona militar y nos vimos obligados a proceder contra ellos con severidad militar». Empero, tales excusas aparecen contradichas, de un modo absoluto, por los hechos. Los armenios

perseguidos no habitaban zona militar ninguna. Ninguna de las ciudades y aldeas de donde fueron expulsados, sistemáticamente deportados a la muerte, estaba situada siquiera aproximadamente cerca del teatro de las hostilidades. Todas ellas eran poblaciones del interior de Anatolia, igualmente retiradas de la frontera caucásica y de los Dardanelos.

No había posibilidad de que cooperasen a la acción de los ejércitos de la Entente, como era igualmente imposible que intentasen un levantamiento por su cuenta, pues no constituían una comunidad compacta. Estaban dispersos, en pequeñas colonias, en un país muy vasto, y en todas partes se hallaban en minoría al lado de sus vecinos turcos. Los poderes civil y militar estaban seguros en manos turcas y era muy improbable que los armenios intentasen un golpe de mano. Precisa repetir que estos pobladores armenios eran esencialmente pacíficos, industriosos, tan inexpertos en el manejo de las armas[65] y tan ajenos a toda idea de violencia como la población urbana de la Europa occidental. El Gobierno otomano no puede, en manera alguna, disfrazar su crimen dándole el carácter de una medida preventiva; los armenios estaban tan lejos de acariciar designios contra él que no opusieron resistencia ni aun después de que ese Gobierno expidió lo que no era otra cosa que una sentencia de muerte contra ellos.

En efecto, solo se registran dos casos en que el plan de deportación encontrara alguna oposición seria. Nos referimos a la oposición en Antioquía, en donde los campesinos se refugiaron en las montañas y se batieron, por espacio de siete semanas, dando la espalda al mar, hasta que fueron salvados, casi milagrosamente, por una flota francesa y en las circunstancias de que ya se ha hecho mención. Y el otro caso fue la heroica defensa, en condiciones desesperadas, de Shabin Karahissar[66], una población del interior de Trebisonda, en donde 4.000 armenios tomaron las armas al recibir la notificación de confinamiento y se batieron contra las tropas turcas desde mediados de mayo hasta principios de julio. Los turcos, entonces, llevaron refuerzos y artillería y con esos elementos dominaron fácilmente la ciudad. En la carta a un eclesiástico armenio se dice que «Karahissar fue bombardeada y toda la población —tanto la de la ciudad como la de los distritos circunvecinos— fue asesinada sin piedad, sin excluir siquiera al obispo». Esto demuestra, mejor que pudiera demostrarlo cualquiera otra cosa, cuán poco tenían los turcos que temer de los armenios y con cuánto beneplácito echaron mano de los más rápidos medios de exterminio en la primera oportunidad.

Tal fue el procedimiento del Gobierno para con los desvalidos y desprevenidos armenios de las ciudades. Cuando tenía que

habérselas con las comunidades de campesinos, más independientes, de las montañas, no se tomaba el trabajo de disimular sus intenciones y, sin esperar a hacerles la notificación de confinamiento, los gendarmes los atacaban con sus machetes. Así fueron tratados los habitantes de Zeitoun, una comunidad armenia que, desde hacía ocho siglos, había vivido y prosperado, virtualmente independiente, en las montañas que dominan la llanura ciliciana.

Los zeitunios se diferenciaban de los demás armenios de Cilicia en que poseían armas y en que habían tomado sus providencias para la lucha a muerte que se aproximaba; pero fueron desarmados con la promesa, según se dice, de que, si se sometían, esa actitud sería recompensada dejando libres a sus hermanos indefensos de las aldeas de los valles. La promesa turca no fue cumplida, naturalmente, después de que los turcos llenaron su objeto; y, atacados en condiciones desventajosas para ellos, los heroicos montañeses sucumbieron inevitablemente.

> «El manto de sangre ha caído sobre Zeitoun y el espíritu combativo de aquellos bravos montañeses ha quedado abatido en este memorable año de crímenes. Fieles guardadores de las tradiciones de la dinastía rupeniana[67] y representantes de ella, habían conservado intactos sus hogares hasta ahora y habían logrado contrarrestar las incursiones del turco. Al cabo fueron abrumados por poderosas fuerzas turcas y la fuerte posición de Zeitoun se halla ahora en manos del enemigo.
>
> Parece que, después del fracaso del plan de campaña turco iniciado en el invierno pasado contra el canal de Suez, el comandante del ejército sirio, Djemal Pachá[68], marchó sobre Zeitoun con una fuerza de veteranos. Los habitantes se atrincheraron en lo más intrincado de la montaña y se batieron por espacio de tres meses contra un enemigo muy superior en número, que contaba con artillería, en la esperanza de que recibirían refuerzos en oportunidad. Pero no les llegó ayuda ninguna y se batieron hasta quemar el último cartucho. Hacia fines de mayo cayó Zeitoun en poder de los turcos, quienes asesinaron a cuantos encontraron. Se dice que unos pocos centenares de mujeres viejas fueron deportadas a Angora y otras a las llanuras de Mesopotamia, en donde, según informes, se las somete a las mayores indignidades.
>
> Ya sabemos qué indignidades son esas por el relato de

Fräulein Rohner sobre lo ocurrido en Der-el-Zor; y el que esto escribe las habría calificado con otro nombre más adecuado si hubiera conocido aquella terrible relación».

Tal ha sido el fin de Zeitoun, según lo refiere el periódico londinense *Ararat* en su edición de julio. Zeitoun ha perecido; pero, más hacia el este, otra comunidad de aldeanos, llamada Sassoun, todavía mantiene en jaque a los asesinos. Sassoun es una federación de 40 aldeas armenias, situadas en el país montañoso que separa la hoya superior del Tigris del cañón del Murad Su. Durante varios siglos, sus moradores han llevado una vida casi independiente, bastándose a sí mismos, con profundo desagrado del Gobierno otomano y envidiados por los kurdos, sus vecinos menos prósperos. Abdul Hamid hizo allí un experimento preliminar de matanza en 1895; y en mayo de 1915 los jóvenes turcos la condenaron, como a Zeitoun, a la destrucción.

El 15 de septiembre el periódico armenio *Horizon*, de Tiflis, publicó la siguiente comunicación, enviada de Igdir[69], una oficina postal de la frontera rusa:

> «Un joven que logró escapar de las aldeas de Sassoun el 2 de agosto da los siguientes informes: "También Sassoun ha sido entregada a la matanza. Las aldeas de la llanura han sido todas arrasadas. Rouben —uno de los jefes de la defensa— está resistiendo todavía con sus heroicos compañeros —un grupo pequeño pero invencible— contra el siniestro enemigo. Sin embargo, sus días están contados. Para salvarle sería preciso no perder un instante en tratar de hacerle llegar cantidades ilimitadas de municiones"».

Los sassounitas eran hombres de recursos y hasta aprendieron a fabricar municiones con elementos del país; pero fueron sitiados por tropas regulares turcas, con grandes cañones, y además los kurdos marcharon sobre ellos. He aquí la descripción de los últimos momentos de Sassoun, hecha por el mismo jefe Rouben, quien logró escapar milagrosamente, atravesando las líneas turcas, y llegó a Tiflis, en donde refirió lo que un corresponsal ha escrito al vizconde Bryce en una carta fechada el 6 de noviembre de 1915. Dice:

> «Mientras los batallones "Carniceros" de Djevdet Bey y las tropas regulares de Kiazim Bey estaban comprometidos en Bitlis y en Moush, el Gobierno envió, a principios de julio, algunos escuadrones de caballería a Sassoun a dar aliento a los kurdos, a quienes habían derrotado los armenios a

principios de junio. La caballería turca invadió el valle bajo de Sassoun y ocupó unas pocas aldeas después de reñidos combates. Mientras esto ocurría, las tribus kurdas, reforzadas, intentaron atacar a Sassoun por el sur, el oeste y el norte. Durante la última quincena de julio se combatió casi sin descanso y algunas veces de noche. En lo general, los armenios resistieron en todos los frentes y desalojaron a los kurdos de sus posiciones avanzadas. Los habitantes de Sassoun tenían, sin embargo, otros motivos de preocupación: la población se había duplicado desde que sus hermanos prófugos de las llanuras habían buscado refugio en sus montañas. La cosecha de mijo de la última estación había sido un fracaso; las frutas, la miel de abejas y otros productos locales estaban consumidos, y el pueblo se había estado manteniendo de carnero sin salar, pues carecían hasta de sal para hacer su carne más alimenticia. Las municiones, por otra parte, eran insuficientes para hacer frente a combates reñidos.

Vendrían peores días todavía. Kiazim Bey, después de someter la ciudad y la llanura de Moush, condujo rápidamente su ejército hacia el distrito de Sassoun con el fin de intentar de nuevo el sometimiento de aquellos bravos montañeses. La lucha se reanudó en todos los frentes en torno de Sassoun. Los grandes cañones hicieron una verdadera carnicería en las filas armenias. Rouben me dice que Goriun, Tigran y 20 más, entre sus mejores combatientes, fueron muertos por una sola granada que estalló en medio de ellos. Alentados con la presencia de los cañones, la caballería y los kurdos avanzaron con formidable energía.

Los armenios se vieron obligados a abandonar la línea exterior de defensa y comenzaron a retirarse, día por día, a las alturas de Antok[70], bloque central de aquellas montañas, que alcanza una altura de cerca de 10.000 pies. Las mujeres y los niños y los grandes rebaños de ganado entorpecían los movimientos de los defensores, cuyo número estaba ya reducido a la mitad de los 3.000 con que en un principio contaran. Durante los ataques turcos, y también cuando los armenios atacaban, reinaba la mayor confusión. Muchos armenios rompían sus fusiles después de quemar sus últimos cartuchos y apelaban a sus revólveres y puñales. Las tropas regulares turcas y los kurdos, cuyo número alcanzaba ahora a muy cerca de 30.000, iban avanzando en la pendiente y

lograron rodear, muy de cerca, la principal posición armenia.

Se siguió entonces una de esas luchas desesperadas y heroicas, en defensa de su vida, de que los montañeses se han enorgullecido siempre. Hombres, mujeres y niños se lanzaron al ataque con cuchillos, guadañas, piedras y cuanto podían. Echaron a rodar grandes piedras por los flancos de la montaña, matando así a muchos enemigos. En un horrible combate cuerpo a cuerpo, se vio a las mujeres clavar sus cuchillos en las gargantas de los turcos. El 5 de agosto, último día de la batalla, los turcos tomaron las rocas, tintas en sangre, de las alturas de Antok. Los guerreros armenios de Sassoun, excepción hecha de los que lograron pasar las líneas turcas con la mira de atacarlas de flanco, perecieron en la batalla. Unas cuantas mujeres jóvenes que estaban en peligro de caer en manos de los turcos se lanzaron desde las rocas, algunas de ellas con sus pequeñuelos en brazos.

Los sobrevivientes han seguido haciendo guerra de guerrillas desde entonces y se mantienen únicamente de yerba y de carnero sin salar. El invierno, ya próximo, puede tener desastrosas consecuencias para el resto de los armenios de Sassoun, porque no tienen qué comer ni medios de defensa».

Fue así como los turcos trataron a los muy pocos armenios que estaban en situación de defenderse. Y la única falta de Sassoun y de Zeitoun ha sido su aborrecida prosperidad, falta que nada tiene que ver con la guerra. En su caso, como en los demás, el pretexto de la «zona militar» falla completamente; y solo hay un caso en que pueda alegarse con alguna sombra de justificación: el de los armenios residentes en la misma Constantinopla o en sus inmediatas cercanías. Estos son, acaso, los más industriosos y mejor comportados de todos los que se encuentran en el Imperio otomano; sin embargo, como por su situación pudieran haber obrado en inteligencia con las tropas aliadas en los Dardanelos, estudiaremos el trato que han recibido, por un momento, para averiguar si en su caso al menos las consideraciones militares han sido el verdadero motivo de su deportación. Tenemos amplias pruebas de estos hechos a nuestra disposición.

«En Andrinópolis todos los empleados armenios de los establecimientos financieros y de las oficinas públicas han sido despedidos por orden del Gobierno. Los soldados turcos, traídos de otros distritos, están cometiendo atrocidades

nunca oídas. Los armenios están expuestos constantemente a persecuciones. Cerca de 50, residentes en la ciudad, han sido reducidos a prisión o desterrados. A todos se les ha prohibido irse al extranjero o siquiera viajar por la provincia.

Los habitantes de Keshan han sido deportados. Los barqueros de Silivri han sido llevados a la cárcel, acusados de haber llevado provisiones a los submarinos ingleses.

La iglesia y el convento de Dhimotika han sido confiscados por el Gobierno, y a los armenios de esta localidad se les han dado dos semanas de gracia para que emigren a cualquiera otra parte. A los de Malgara también se les han concedido 15 días. Sus casas serán ocupadas por los turcos que han emigrado de Serbia. Los habitantes de Tchorlou han sido deportados»[71].

Los apartes precedentes son tomados de una carta, escrita en Constantinopla, publicada el 28 de agosto por el periódico armenio *Gotchnag* de Nueva York, y podemos saber lo que ocurrió luego por la «Carta a un eclesiástico»[72] tantas veces citada:

«El plan acaba de ponerse en ejecución en los mismos alrededores de Constantinopla. La mayor parte de los armenios del distrito de Ismid y de la provincia de Brusa han sido expulsados por la fuerza a Mesopotamia, dejando abandonados todos sus haberes. También han sido expulsados los habitantes de Adapazar, Ismid, Gegveh, Armacha y lugares vecinos. En una palabra, los moradores de todas las aldeas del distrito de Ismid, exceptuando a Bagtchedjik, a la cual se le han concedido unos pocos días de plazo, han sido expulsados[73].

Ahora le toca el turno a Constantinopla, y la población, presa del mayor pánico, espera, en todo caso y de un momento a otro, que se cumpla su mísero destino. Son innumerables los arrestos; los detenidos son sacados inmediatamente fuera de la capital. Lo seguro es que la mayor parte no vivirán mucho tiempo. Los desterrados, hasta ahora, han sido los comerciantes en pequeño, nacidos en las provincias pero establecidos en Constantinopla, incluyendo entre estos… —se citan seis nombres como ejemplo—. Se están haciendo esfuerzos en el sentido de salvar siquiera a la población armenia de Constantinopla de este exterminio terrible de su raza, a fin de que en lo futuro podamos tener

algún punto de apoyo para la causa armenia en Turquía».

Sin embargo, aquí también fueron vanos todos los esfuerzos. Ya había ocurrido un asalto preliminar contra los armenios de la capital desde el 15 de junio, cuando 26 de sus representantes más prominentes fueron ahorcados públicamente tras una sumaria corte marcial[74]. Aquello ya había pasado, sin embargo, y habría sido relativamente un pequeño sacrificio en cambio de la inmunidad de los demás; pero el Gobierno solo estaba esperando su oportunidad. El 4 de septiembre el *Gotchnag* publicó lo siguiente:

> «Se ha empezado a formar un registro de todos los armenios en Constantinopla, colocando en lista separada a los que son inmigrantes de Armenia y a los nacidos en Constantinopla. Se supone que serán deportados los que vinieron de Armenia».

Después de esto, los sucesos se siguieron rápidamente. El 5 de septiembre, el *Horizon*, de Tiflis, publicó un telegrama de Bucarest anunciando que:

> «Los turcos siguen en su obra de exterminar a los armenios. Han sido deportados los armenios de Constantinopla. 10.000 deportados han sido ya asesinados en las montañas de Ismid».

¡Una vez más el plan oficial en acción! Después de leer esto, no nos causa sorpresa saber, por otros conductos, que las mujeres y los niños armenios de Constantinopla y Tracia han ido a aumentar el número de los colonos de la «colonia agrícola» en el desierto de Anatolia.

Como se ve, los armenios de las provincias suburbanas han sido condenados, al fin y al cabo, al mismo horrible destino de sus hermanos de Anatolia. «¡Los barqueros armenios de Silivri pueden haber llevado provisiones a los submarinos ingleses!»: tal es la excusa de todo; pero no es ese el verdadero motivo. Así se desprende del pasaje de la notificación que dice: «Sus casas serán ocupadas por los refugiados turcos venidos de Serbia». Y esto nos trae a la memoria la jactanciosa declaración de Talaat Bey de que «después de esto no habrá cuestión armenia por 50 años».

El secreto de la cuestión se cifra en una sola palabra: otomanización[75]. «En cuanto al armenio, los sitios en que vivió ya no le verán más; y el turco ocupará su hogar y su heredad». Al releer las pruebas que hemos recogido, a la luz de lo que acabamos de decir, el

símbolo de aquella política aparece ante nosotros con regularidad siniestra.

> «Cuatro distritos han sido expurgados de armenios; los mouhadjirs bosnios[76] ocupan los lugares antes ocupados por los armenios desterrados. La satisfacción de los turcos llega al delirio.
>
> Más de 20.000 armenios que han sido obligados a emigrar de cierta provincia son lanzados al desierto, entre tribus nómadas, dejando sus casas, sus jardines y sus campos cultivados a los mouhadjirs turcos. Despojados de cuanto poseían, aquellos desgraciados no tienen ni siquiera donde sepultar a sus muertos»[77].
>
> «Tan pronto como los refugiados armenios dejaron sus casas, los mouhadjirs de Tracia tomaron posesión de ellas. Se les prohibió llevar cosa alguna, y sus bienes pasaron, en su presencia, a otras manos. En esta ciudad debe haber ahora de 20.000 a 25.000 turcos, y parece que el nombre de ella ha sido cambiado por uno turco».

Estos tres testimonios han sido tomados del Informe del Comité Americano; y en seguida damos el extracto de una carta, escrita en Atenas y fechada el 8 de julio, que describe el proceso de suplantación con detalles que aumentan más, si cabe, la intensidad del crimen:

> «Dos misioneros de nacionalidad neutral, a quienes conozco personalmente, pasaron ayer por Atenas. Empezaron por decirme que la situación de los armenios en Cilicia era horrible. La ciudad de Dortyol, después de haber expulsado de ella a la población armenia, ha sido ocupada por familias turcas. Todos los habitantes armenios han sido expulsados, arrojados fuera de sus casas, y están padeciendo, naturalmente, todas las agonías del hambre. Este lanzamiento al abandono es algo que no puede describirse. Antes de la desocupación, nueve de los principales comerciantes fueron ahorcados…
>
> Zeitoun ha seguido la misma suerte. No queda un solo armenio en la población y todas las casas han sido ocupadas por turcos. Mis amigos no sabían exactamente qué hubiera sucedido a los zeitunios[78]; pero el hecho es que se había tenido especial cuidado, por las autoridades turcas, para evitar que vivieran en grupos numerosos. Se han hecho

tentativas para convertirlos a la religión mahometana, y se sabe que las autoridades proyectaron distribuir una, dos o tres familias en cada aldea turca, en el distrito de Marash.

Han intentado hacer lo mismo en Hadjin; pero, por una u otra causa, solo han salido de allí la mitad de los habitantes. Naturalmente, los turcos han ocupado sus casas.

Los turcos de Tarsos y de Adana han mostrado la misma disposición de antes de los asesinatos de 1909.

Algunos misioneros llegados de Beirut refieren que la misma persecución está en vigor contra los sirios cristianos».

Entre todas las pruebas, estas son las más condenatorias porque muestran, de manera incontrovertible, que el crimen contra la raza armenia fue un acto deliberado, cuidadosamente pensado y ejecutado en todos sus detalles. Aquellos mouhadjirs son musulmanes europeos, emigrantes de provincias otomanas perdidas, que han venido a quedar bajo dominio cristiano. Se habían venido reuniendo desde la época de la guerra de los Balcanes, en la banda oriental del disminuido Imperio otomano, formando una horda errante y sin jefes. De pronto les vemos distribuidos en las provincias asiáticas, hasta en el interior mismo de Cilicia, en grupos bien proporcionados en relación con la población armenia de cada localidad y listos a ocupar, tan pronto como se les diese aviso de hacerlo y una vez expedido el decreto de confinamiento, las posesiones de los armenios. «Tan luego como los refugiados armenios dejaron sus casas, los mouhadjirs de Tracia tomaron posesión de ellas». No hubo demora en esto, no hubo dilación ninguna. Como se ve, el plan estaba admirablemente combinado y se cumplía de modo concluyente. No hubo consideración ninguna que exceptuase a una parte de la raza perseguida del exterminio a que se la había condenado. Los armenios que habían sido llamados al servicio en el ejército otomano y que en esos momentos estaban en las filas pudieran acaso haber hallado protección en el uniforme que llevaban; pero sucedió, por el contrario, que aquella circunstancia solo sirvió para presentarlos organizados a la matanza. Ya se ha dicho cómo se los desarmó y se los puso a trabajar en las comunicaciones, detrás de la línea de fuego, en el Cáucaso. He aquí el último capítulo de su historia:

«También han corrido idéntica suerte los soldados armenios. Empezóse por desarmarlos y se los ha puesto a construir caminos. Por un conducto fidedigno hemos sabido que los de la provincia de Erzeroum, que estaban trabajando

en el camino que de dicha provincia va a Erzindjan, han sido todos asesinados. Los soldados armenios de la provincia de Diyarbekir han sido asesinados todos en los caminos de Diyarbekir a Ourfa y de Diyarbekir a Kharpout. De este último lugar fueron enviados 1.700 armenios jóvenes, como soldados, a trabajar en Diyarbekir, y todos fueron asesinados en las cercanías de Arghana. No tenemos noticias de los demás distritos, pero es seguro que en ellos ha ocurrido lo mismo».

El párrafo que precede es un extracto de la carta dirigida a un eminente eclesiástico armenio, y lo dicho en ella está confirmado por el testimonio directo e independiente de un soldado musulmán, perteneciente a uno de aquellos batallones de zapadores[79], a quien tocó servir, fuera del servicio ordinario, ayudando a enterrar a sus camaradas cristianos asesinados (Informe Americano).

Como se ve, el Gobierno otomano sacrificó hasta la conveniencia militar a fin de realizar su proyecto armenio de una manera completa y absoluta; y este procedimiento contra los soldados es acaso el más ruin, aunque no el más perverso, de todos los empleados con ese objeto. Pero en este caso también se procedió sin sombra de justificación, pues se trataba de humildes labradores que vivían en distritos pacíficos, separados por montañas casi inaccesibles del teatro de la guerra. Cuando volvemos los ojos a lo que ha sucedido en la verdadera zona de la guerra nos hallamos en presencia de atrocidades de tal carácter que la más imperiosa necesidad militar no puede, en manera alguna, ni justificar ni paliar.

VI. EXTERMINIO SIN CUARTEL

La zona militar turca, por el lado oriental, atraviesa el solar de la raza armenia. Ya hemos explicado que los armenios exterminados por medio del confinamiento no han sido los que habitaban la Armenia propiamente dicha, sino aquellos que, en su mayor parte, vivían en colonias que se habían establecido, de tiempo atrás, en las ciudades de Anatolia y Cilicia, hacia el Occidente. En Armenia propiamente dicha los habitantes de esa raza no estaban circunscritos a las ciudades únicamente, pues también eran armenios los pobladores de los campos. En efecto, algo más de la mitad de los armenios del Imperio otomano estaban concentrados, antes de estallar la guerra, en aquellas regiones orientales. De suerte que la región comprendida entre el curso del alto Éufrates y del alto Tigris al oeste y al sur, y las fronteras rusa y persa al norte y al este, estaba habitada por una población armenia relativamente homogénea, si exceptuamos los establecimientos de los intrusos kurdos. Era ese el centro histórico de la nacionalidad armenia; alzábanse allí sus más célebres ciudades y sus más hermosos monumentos; y ha sido precisamente allí donde las líneas de batalla rusas y otomanas han avanzado y retrocedido por espacio de un año; un año de desastres para la raza armenia.

En pocas palabras, el curso de la campaña ha sido el siguiente: a principios del invierno, inmediatamente después de su intervención en la guerra, los turcos tomaron la ofensiva, en grande escala, sobre la frontera rusa y enviaron otro ejército hacia el este a invadir la provincia persa de Azerbaijan. Entrambos movimientos fracasaron y, antes de que llegase la primavera de 1915, sus tropas habían sido de nuevo desalojadas de la Transcaucasia y obligadas a evacuar Azerbaijan, tras una breve ocupación de Tabriz, capital de la provincia. Cuando los rusos empezaron, a su turno, a pasar la frontera, las autoridades otomanas de la provincia fronteriza de Van pusieron la población armenia a disposición de las tropas turcas y de los mercenarios kurdos. En los campos, los armenios fueron completamente abrumados; pero en la misma ciudad de Van, en donde habían presenciado la matanza de algunos de sus jefes, tomaron las armas, expulsaron a los asesinos y, por espacio de 27 días, sostuvieron un sitio —1.500 defensores contra 5.000 atacantes equipados de artillería — hasta que fueron libertados triunfalmente por el avance ruso del 17 de mayo. Esta victoria desalojó al enemigo de la costa oriental del lago Van, cuya hoya, puede decirse, es el centro de Armenia; y durante los primeros meses del verano las tropas rusas avanzaron lentamente, rodeando el lago, hacia Occidente. Empero, hacia fines

de julio recibieron los turcos grandes refuerzos y, al reasumir la ofensiva, lograron ocupar nuevamente Van. Una vez más, y después de tres semanas, fueron desalojados de sus posiciones; y en la actualidad la línea de fuego es, aproximadamente, la misma del mes de junio, o sea a través de la hoya de Van, con el lago interpuesto entre los combatientes. Parece que los rusos se abren de nuevo camino, desalojando a los turcos y a los kurdos del país. Las dificultades topográficas son, sin embargo, muy grandes, y las fuerzas del enemigo son superiores en número a las de los rusos. Puede que logren la liberación de Armenia, pero ya se ha cumplido lo peor de la catástrofe, y los campesinos, que esperaban ansiosos su llegada, han sido ya asesinados o despojados y enviados al destierro.

La soldadesca turco-kurda comenzó la orgía de crueldad desde el mismo momento en que se rompieron las hostilidades. La provincia persa de Azerbaijan cuenta con una población numerosa de cristianos siríacos[80], y los sufrimientos de estas gentes, a manos de las hordas invasoras, han sido descritos detalladamente en cartas escritas por misioneros alemanes[81] residentes allí. Estas cartas fueron publicadas, el 18 de octubre, en el periódico holandés *Nieuwe Rotterdamsche Courant[82].

De las cartas citadas destacamos lo que sigue:

«La última noticia es que 4.000 sirios y 100 armenios han muerto en las misiones, en el curso de los últimos cinco meses, solo por causa de enfermedad. Todas las aldeas de los distritos circunvecinos, con solo dos o tres excepciones, han sido saqueadas e incendiadas. En Ourmia[83] y sus alrededores 20.000 cristianos han sido asesinados. Muchas iglesias han sido destruidas e incendiadas, y lo mismo ha ocurrido con multitud de casas en la ciudad…»

Veamos ahora la descripción hecha en otra carta:

«En Haftewan y en Salmast se han sacado, de pozos y cisternas solamente, 850 cadáveres sin cabeza. ¿Por qué? Porque el jefe de los asesinos había puesto precio a cada cabeza de cristiano. En Haftewan, para no hablar de otros lugares, 500 mujeres y niñas fueron entregadas a los kurdos en Sandjbulak. Bien puede imaginarse la suerte que habrán corrido esas infelices criaturas. En Diliman se encerró a los cristianos en las cárceles por centenares y se les obligó a aceptar el islamismo. Los hombres fueron circuncidados. La aldea más próspera de Ourmia —Gulpardjin— ha sido completamente arrasada. Los hombres fueron asesinados y las mujeres y las niñas hermosas fueron secuestradas. Lo mismo ocurrió en Babaru. Al ver a

sus hermanas violadas por las cuadrillas de bandidos —en pleno día y en mitad de los caminos—, centenares de mujeres se arrojaron al río. Esto mismo ocurrió en Miandoab, en el distrito de Suldus».

Por horribles que sean las atrocidades cometidas en territorio extranjero, aparecen insignificantes si se las compara con las que han cometido los turcos recientemente en su propio territorio. Cuando reasumieron la ofensiva en julio último, la acompañaron del completo exterminio de los aldeanos armenios de los distritos situados detrás de la línea de sus tropas, y también exterminaron a los que habitaban el país que iban atravesando en su avance.

La primera noticia de estos hechos llegó al periódico *Novoye Vryemya*[84], de Petrogrado, el 22 de julio:

> «Las atrocidades cometidas por los turcos en el distrito de Bitlis son indescriptibles. Después de haber asesinado toda la población masculina de este distrito, los turcos reunieron 9.000 mujeres y niños de las aldeas vecinas y los hicieron marchar a Bitlis. Dos días después los hicieron salir a las orillas del Tigris, los mataron a todos y arrojaron sus cadáveres al río.
>
> En el Éufrates han despedazado más de 1.000 armenios y han arrojado luego sus cuerpos al río. Por ese mismo tiempo, se enviaron cuatro batallones sobre el valle de Moush a exterminar a los 12.000 armenios que lo habitaban. Según los últimos informes, ya ha comenzado la matanza. Los armenios han opuesto resistencia, pero serán todos exterminados por los turcos porque carecen de municiones. La misma suerte correrán los que viven en la región de Diyarbekir».

Por lo que respecta a los rumores de lo ocurrido en Moush, no pasó mucho tiempo sin que quedasen confirmados. El periódico *Horizon*, de Tiflis, informó el 20 de agosto lo que sigue:

> «Los turcos han asesinado toda la población masculina en la llanura de Moush. Solamente 5.000 han logrado escapar y encontrar refugio en Sassoun, en donde los armenios insurgentes resisten todavía».

Y, con todo, estos relatos, más o menos vagos, no son tan horribles como uno más detallado, que llegó a América un mes después y que fue publicado por el periódico armenio *Gotchnag*, de Nueva York, el 4 de septiembre:

«Las noticias que llegan de las matanzas en Bitlis son verdaderamente increíbles. En una aldea, 1.000 armenios —hombres, mujeres y niños— fueron encerrados en una casa de madera a la cual se le prendió fuego. En otra población grande solo 36 personas han logrado escapar; y en alguna otra hombres y mujeres fueron atados unos a otros, por docenas, y arrojados al lago Van. Un joven armenio de Bitlis que estaba en el ejército y logró escapar al ser desarmado para destinarlo a trabajar en los caminos llegó a Van, y refiere que el exvali de Van, llamado Djevdet Bey[85], hizo asesinar en Bitlis a todos los hombres de 15 a 40 años. Ha desterrado a las familias de los muertos en la dirección de Sert; pero se ha apoderado de todas las mujeres hermosas. Bitlis está ahora llena de *mouhadjirs* turcos y de kurdos por decenas de miles».

Y ahora tenemos una carta, dirigida al vizconde Bryce por un corresponsal de Tiflis y de fecha tan reciente como el 6 de noviembre, en la cual se relata toda la matanza, desde el principio hasta el fin, según la relación de Rouben[86], único jefe sobreviviente de los armenios:

«En los momentos en que escribo no queda la menor duda de que durante los meses de junio y julio últimos los turcos habían exterminado casi por completo cerca de 150.000 armenios de Bitlis, Moush y Sassoun.

Cuando al mundo civilizado se le presente una relación completa de los horrores que acompañaron a estas matanzas, el caso se destacará en la historia como la acción más brutal que se haya cometido, aun por los turcos mismos. A mí me hizo una corta relación de estas atrocidades Rouben, uno de los jefes en Sassoun; este hombre escapó milagrosamente de las líneas turcas, después de largas jornadas a través de Moush y del lago Van, y ha estado aquí durante los últimos días. Tan pronto como los turcos entraron en la guerra, iniciaron negociaciones con los jefes armenios de Moush y de Sassoun con la mira de cooperar a la común defensa. Sin embargo, los representantes turcos impusieron condiciones tales, como base del convenio, que los armenios no pudieron tomarlas seriamente.

Hasta el mes de enero las cosas habían marchado regularmente, y los armenios fueron aconsejados por sus jefes en el sentido de acceder a las exigencias legítimas que

las autoridades hicieran. Cuando las negociaciones fracasaron, los turcos adoptaron medidas duras contra los armenios. Ya habían expropiado sin consideración ninguna todos los artículos de primera necesidad que encontraron, y ahora exigieron la entrega de todas las armas en poder de los aldeanos. Los armenios alegaron que no podían ceder sus armas mientras los kurdos quedasen armados hasta los dientes y pudiesen ir y venir sin que se les molestase. Hacia fines de enero, un gendarme turco provocó una disputa en Tzeronk, una extensa aldea armenia situada a unas 20 millas al oeste de Moush, a consecuencia de la cual cerca de 70 personas fueron asesinadas y la aldea destruida. Poco después, los gendarmes iniciaron otro conflicto en Koms, aldea sobre el Éufrates, en donde los turcos pretendían imponer trabajo forzado para el transporte de abastos militares. En vista de que un grupo de hombres que habían sido ocupados de esa manera no volvieron nunca a sus casas, los aldeanos se tornaron desconfiados y se negaron a hacer lo que se les exigía. Las pasiones se exaltaron en la localidad y los turcos quisieron reducir a prisión a un tal Goriun, un vecino de gran valentía, que se había vengado de Mehmed Emin, bandido kurdo, quien le había arruinado su hogar en épocas pasadas. Todos aquellos conflictos de carácter local se arreglaron, de un modo u otro, por medio de negociaciones entre las autoridades y los jefes del partido dashnakzoutiano[87]. Entre tanto, los soldados sueltos kurdos y las partidas de musulmanes que regresaban de la batalla de Kilitch Geduk, en la cual habían sufrido bastante a manos de los rusos, empezaron a exasperar a los armenios hasta que estos no pudieron soportar más. En respuesta a las protestas de los armenios, las autoridades daban explicaciones y aseguraban que las animaba la mejor voluntad hacia ellos; pero estos, naturalmente, no les creían.

Hacia fines de mayo, Djevdet Bey, gobernador militar, fue expulsado de Van y la ciudad fue capturada por los armenios primero, y luego por las tropas ruso-armenias del Cáucaso. Djevdet Bey huyó hacia el sur y, después de atravesar Bontan, hizo su entrada en Sairt con 8.000 soldados, a quienes dio el nombre de “Carniceros” (*Kassab Taburi*)[88]. Asesinó a la mayor parte de los cristianos de Sairt, pero se ignoran los detalles de la matanza. Sin embargo, informes fidedignos revelan que hizo quemar en la plaza pública al obispo armenio Eghishe Vartabed y al obispo siríaco Addai

Sher. En seguida, acompañado por el pequeño ejército de Khalil Bey, marchó sobre Bitlis a mediados de junio. Antes de su llegada, los armenios y los kurdos de Bitlis habían convenido en un plan de mutua protección, llegado el caso; pero Djevdet tenía su proyecto para exterminar a los armenios. Empezó por imponerles una contribución de rescate de 5.000 liras otomanas; ahorcó luego a Hokhigian y a 20 jefes armenios más, la mayor parte de los cuales estaban cuidando de los heridos en los hospitales de sangre89. El 25 de junio rodearon los turcos la ciudad de Bitlis y cortaron las comunicaciones de la población con las aldeas armenias vecinas. En seguida, y tras una serie de visitas domiciliarias, todos los hombres capaces de resistir fueron separados de las mujeres. Durante los días siguientes todos los hombres detenidos fueron fusilados en las afueras de la ciudad y sepultados en grandes fosas abiertas previamente por ellos mismos. Las mujeres jóvenes y los niños fueron distribuidos entre la canalla, y el resto, los considerados "inútiles", fueron expulsados hacia el sur y se cree que perecieron ahogados en el Tigris. Toda tentativa de resistencia, por heroica que fuese, quedó dominada fácilmente por las tropas de línea. Algunos armenios, después de quemar la última cápsula, dieron muerte a sus familias y se la dieron ellos mismos a fin de no caer en manos de los turcos…

De esta "caballerosa" manera exterminaron los turcos muy cerca de 15.000 armenios en Bitlis.

Mucho antes de que se hubieran cometido estos horrores en Bitlis, los turcos y los kurdos de Diyarbekir, seguidos de las más sanguinarias tribus de Bekran y de Belek, habían exterminado a los armenios de Slivan, de Bisherig y de la vasta llanura que se extiende desde Diyarbekir hasta el pie de los montes de Sassoun. Varios miles de refugiados habían escapado a Sassoun, como único lugar de refugio, presa del mayor pánico. Estos refugiados refirieron a las gentes de Sassoun y de Moush los horribles atentados de que habían sido víctimas. La línea de conducta que los armenios debían adoptar ahora era clara: los turcos estaban resueltos a exterminarlos y, por tanto, debían hacer frente a una situación desesperada echando mano de todos los medios de que pudiesen disponer. Rouben me dice que no tenían noticia ninguna acerca de los progresos de la guerra en el frente del Cáucaso, y que los turcos circulaban noticias falsas para

engañar a los armenios. La paz general se mantuvo en la provincia de Bitlis hasta principios de junio, época en la cual las cosas llegaron a un desenlace. Las aldeas vecinas de Bulanik y de Moush habían sido ya exterminadas en el mes de mayo; y ahora fue atacado Sassoun por dos vías distintas. Las tribus kurdas de Belek, Bekran y Shego, los notorios jeques de Zilan y muchas otras fueron armadas por el Gobierno y recibieron la orden de rodear Sassoun. Los 15.000 armenios de estas montañas, reforzados por otros 15.000 de Moush y de Diyarbekir, rechazaron muchos ataques feroces en que los kurdos tuvieron grandes pérdidas, tanto en hombres como en armas. De aquí que el Gobierno hubiese entrado de nuevo en negociaciones con los jefes armenios, con la mediación del obispo de Moush, y que les ofreciera una amnistía si deponían las armas y entraban en la defensa común del patrio suelo. Y, como prueba de su sinceridad, las autoridades dieron explicaciones por las matanzas de Slivan, Bulanik, etc., ocasionadas —según dijeron— por una mala inteligencia muy deplorable. La opresión cesó de pronto en todas partes y en Moush reinó el orden más perfecto por cerca de tres semanas, en el mes de junio. Sin embargo, se vigilaban estrictamente todos los movimientos de los armenios y se prohibió su concentración. En la última semana de junio, un tal Kiazim Bey llegó de Erzeroum con cerca de 10.000 soldados y artillería montada para reforzar la guarnición de Moush. Al día siguiente de su llegada se apostaron numerosos destacamentos en las colinas que dominan la población, cortando así toda comunicación entre Moush y Sassoun. Se comisionó a cuadrillas de bandidos kurdos (*fedais*)90 y a los gendarmes para que impidiesen toda comunicación entre las varias aldeas y la ciudad de Moush, a fin de que nadie se enterase de lo que ocurría en el inmediato vecindario.

A principios de julio, las autoridades pidieron a los armenios que entregasen las armas que tuvieran y además una suma considerable como rescate. Las personas notables de la ciudad y los jefes en las aldeas fueron torturados de la manera más horrible. Les arrancaron las uñas de las manos y de los pies; les sacaron los dientes a golpes y, en algunos casos, les cortaron la nariz a tajo, causándoles la muerte tras una agonía prolongada y bárbara. Las mujeres de las familias de las víctimas que trataron de impedir aquello fueron violadas en público y en presencia de sus parientes

mutilados. Los gritos y quejas de las víctimas llenaban el espacio, pero la bestialidad turca no se conmovió por ello.

El mismo proceso de desarme se llevó a cabo en las aldeas armenias grandes, tales como Khaskegh, Franknorshen y otras; y a la menor resistencia hombres y mujeres eran asesinados de la manera antes descrita. El 10 de julio, grandes contingentes de tropas, acompañadas de cuadrillas de criminales, empezaron a reclutar a todos los hombres capaces de resistir que se encontraban en las aldeas. La mayor parte de los aldeanos de las 100 aldeas de la llanura de Moush empuñaron las armas que poseían y opusieron desesperada resistencia en varias posiciones favorables. En el curso natural de los acontecimientos, las municiones se les agotaron en la mayor parte de las aldeas, y entonces se cumplió el crimen más horrible, acaso, que registra la historia. Aquellos que no tenían armas y que nada habían hecho en contra de las autoridades fueron reunidos en varios campamentos y destrozados a la bayoneta a sangre fría.

En la misma ciudad de Moush, los armenios, comandados por Gotoyan y otros jefes, se atrincheraron en las iglesias y en las casas de piedra; allí se batieron por cuatro días en defensa propia. Pero la artillería turca —comandada por oficiales alemanes— destruyó en poco tiempo todas las defensas armenias. Los armenios, jefes y soldados, murieron todos combatiendo; y cuando reinó un silencio de muerte sobre las ruinas de las iglesias y de los otros baluartes improvisados, la horda musulmana cayó sobre las mujeres y los niños y los expulsó fuera de la ciudad, hacia los grandes campamentos que habían sido destinados a las mujeres campesinas y a sus pequeñuelos. Las pavorosas escenas que se siguieron bien pueden considerarse increíbles, pero todos estos informes han sido confirmados de una manera inequívoca.

Se adoptó el método de quemarlos vivos, como el más rápido, para exterminar a las mujeres y a los niños en los campamentos de concentración. En Alijan, Megrakom, Khaskegh y otras aldeas armenias, se dio fuego a grandes habitaciones de madera, y aquellas desvalidas mujeres, lo mismo que los niños, perecieron devorados por las llamas. Muchas se volvieron locas y arrojaron a sus pequeñuelos lejos; otras se postraron de rodillas y oraron en medio de las

llamas que calcinaban sus cuerpos; otras clamaban por un socorro que no había de venir de parte alguna. Y los verdugos —a quienes no conmovió aquel salvajismo sin nombre— agarraban pequeñuelos por una pierna y los lanzaban al fuego, gritando a la vez a las madres que ardían en la hoguera: "Ahí tenéis a vuestros cachorros". Algunos prisioneros de los turcos a quienes tocó presenciar algunas de estas escenas se horrorizaron y enloquecieron; y dicen que el olor de la carne quemada impregnó el aire por muchos días.

En las circunstancias actuales es imposible decir cuántos armenios —de los 60.000 de la llanura de Moush— hayan quedado con vida; lo único que puede saberse, al presente, es que de vez en cuando algunos sobrevivientes logran escapar a través de la montaña y llegar a las líneas rusas a dar nuevos detalles del crimen sin paralelo cometido en Moush durante el mes de julio».

Como se ve, la tragedia de los armenios en la zona militar tuvo un carácter distinto del de la matanza en las ciudades de Anatolia. En el primer caso la destrucción se llevó a cabo con una crudeza más bárbara y sin la infame lentitud de la deportación. En tanto que Enver asesinaba por millares, Djevdet exterminaba por decenas de miles, porque su propósito era nada menos que obtener la extinción del pueblo armenio en el mismo solar de su raza.

No lo consiguió del todo, sin embargo. Los rusos, en su retirada, defendieron obstinadamente cada milla de terreno y ganaron así tiempo para que los no combatientes abandonaran sus hogares amenazados en oportunidad. En ese viaje por las montañas, presa del pánico, los padecimientos de aquellos refugiados fueron terribles; y se citan incidentes que rivalizan con las agonías de sus hermanos enviados a través de aquellas otras montañas de Anatolia, en una peregrinación de centenares de millas, bajo el látigo de los gendarmes turcos. «En el camino —escribe uno de los misioneros alemanes en Azerbaijan— encontré cuatro pequeñuelos cuya madre estaba postrada en el suelo, recostada contra una pared. Con ojos angustiados y hundidos los niños corrieron hacia mí y, con manos suplicantes, me pidieron pan. Al acercarme, vi que la madre estaba agonizando…»

Y ahora viene el relato de toda la escena, hecho por un individuo residente en Transcaucasia, que fue hasta la aldea fronteriza de Igdir a hacer arreglos para el recibimiento de los refugiados y presenció

aquella vía crucis dolorosa:

> «No creo que sea posible presenciar un espectáculo más desgarrador que este. Centenares de seres humanos mueren de hambre, de sed, de fatiga; y los medios de que se dispone para auxiliarlos son muy escasos. No es posible comprar siquiera pan. Ya ha llegado el primer contingente de refugiados. A causa de la aglomeración de gente en los caminos fue preciso encauzar la corriente humana por dos vías; cerca de 100.000 caminaron a través de la llanura de Abagha[91], con su retaguardia protegida por el ejército ruso que comanda el general N. y por los regimientos armenios comandados por Andranig y Dro; 50.000 más, procedentes de la ciudad de Van, fueron encaminados hacia Persia, protegida su retaguardia por los regimientos montados de Keri y de Hamazasp[92]. Por retaguardia se libran sangrientos combates para detener a los turcos y a los kurdos, quienes hacen todo lo posible por avanzar para cortar la retirada a los armenios».

Este espectáculo era tan pavoroso para los que lo presenciaron como el que a otros testigos tocó en suerte presenciar en Alepo o en el paso del Murad Su; y, sin embargo, ¡cuánta diferencia entre los dos! Los desvalidos desterrados de las ciudades de Anatolia y Cilicia fueron conducidos por sus despiadados enemigos a una muerte más o menos lenta, en tanto que los campesinos de Van caminaban hacia la seguridad y hacia la vida, alentados con el conocimiento de que el ejército de una nación amiga estaba luchando, y sus soldados sacrificando su vida, para proteger su fuga. A pesar de esto, grandes fueron sus sufrimientos antes de llegar a su destino, lo que ocurrió en la primera semana de agosto de 1915.

> «Se habían tomado todas las medidas posibles en Etchmiadzin para atender a su llegada este torrente humano; pero las necesidades superaron todo lo que se había previsto. “El Comité de Socorro Fraternal”, bajo la presidencia del catolicós, y el Cuerpo Médico estaban bien representados; en tanto que el Centro de Tiflis y los comités armenios de Moscú, Bakú y otros lugares, así como también otras sociedades y uniones, enviaron ayudantes de ambos sexos. Todos estos atendieron a los enfermos, a los que habían perdido las fuerzas y a los huérfanos; y, a pesar de aquella cooperación fraternal de parte de los armenios rusos, no se alcanzó a dar ayuda a todos los refugiados. El cólera, la disentería y el tifus exantemático aparecieron en forma

virulenta; a lo que se agrega que la escasez de artículos de primera necesidad en el Cáucaso y las dificultades locales reducían el alcance de los socorros que podían darse».

El cuadro es conmovedor, pero no es el mismo de Der-el-Zor, y los portadores de socorros han ido mejorando la situación gradualmente.

«Ya se han recogido cerca de 20.000 niños huérfanos; se han improvisado hospitales que se han abierto en varios lugares; se han tomado medidas higiénicas para acabar con las epidemias que alcanzaron a causar una mortalidad de 200 personas por día a principios de septiembre. Trenes cargados de harina, azúcar, té, drogas, vestidos y otros artículos han sido enviados por armenios residentes en Rusia. El profesor Kishkin, plenipotenciario de la Federación de Zemstvos Rusos[93], enviado a Etchmiadzin a averiguar en qué situación se hallaban estos refugiados, la califica de deplorable y ha pedido 50.000 libras esterlinas para necesidades inmediatas»[94].

Y, con todo, esta insuficiencia de recursos viene a ser un factor de esperanza porque indica que el número de refugiados es muy grande. No menos de 250.000 armenios han pasado de Turquía a Rusia; y este número es enorme si se le compara con el pequeño grupo de 5.000 que logró llegar a Puerto Saíd. La raza armenia finca hoy toda su esperanza en ese cuarto de millón de seres sin hogar, extenuados por el hambre y las enfermedades. Si se logra que vivan, la vitalidad de Armenia habrá sobrevivido al infernal exterminio sin cuartel que, para hacerla desaparecer, ha querido consumar el turco expirante[95].

VII. LA VENDIMIA DE LA MUERTE

En Turquía han logrado escapar 250.000 armenios; pero ¿cuántos han perecido? Los jóvenes turcos y sus apologistas en Alemania y en otras partes insistirán en que se les responda a esta pregunta, ya que no les es posible adoptar otro camino para disculparse. En presencia de los testimonios de que hemos dado unos pocos ejemplos en estas páginas, no tendrán el atrevimiento de negar del todo que se ha cometido este crimen; pero sí alegarán que su ejecución ha sido excepcional y en una escala relativamente modesta.

Sería esta una mentira tan desvergonzada como lo sería el intento de negar de plano todo lo ocurrido. Desde luego que es muy difícil obtener datos estadísticos precisos; todo criminal disimula cuando se siente vigilado y, conociendo el temperamento criminal de los turcos, los testigos tuvieron que hacer sus observaciones de manera disimulada también, a fin de no dejar comprender que tomaban nota de sus actos. Y, con todo, las pocas cifras que hemos obtenido hablan por muchos volúmenes.

De una cosa tenemos la prueba concluyente, y es que el promedio de confinados, en cada caso, puede estimarse entre 2.000 y 5.000. Este dato lo tenemos de muchos testigos que presenciaron los desfiles. Y en muchas ciudades fueron varios los grupos obligados a salir de ellas, pues un testigo de los que informaron al Comité Americano refiere que el tercer grupo, despachado de cierta población, incluía entre 4.000 y 5.000 personas. Si hacemos memoria de que hay más de 50 ciudades y aldeas, cuyos nombres nos son conocidos, de las cuales han sido expulsados los habitantes armenios de la manera expresada, podemos hacer un cálculo general del número de los condenados a la deportación en los territorios de Anatolia, Cilicia y Armenia propiamente dicha.

En seguida exhibimos algunas cifras auténticas compiladas en el mes de junio por un testigo en Cilicia.

> «La deportación principió, hace cosa de seis semanas, con la expulsión de 180 familias de Zeitoun, y desde entonces todos los habitantes de ese lugar y de las aldeas vecinas han sido deportados, así como la mayor parte de los cristianos de Albistan y muchos de los que vivían en Hadjin, Sis, Kars Pazar, Hassan Beyli y Dórt Yól. Hasta la fecha, el número total alcanza a 26.500, aproximadamente. De estos, cerca de 5.000 han sido enviados a la región de Konia; 5.500

están en Alepo y en las ciudades y aldeas de los alrededores; el resto está en Der-el-Zor, Rakka y otros lugares en Mesopotamia, y algunos han sido conducidos, más lejos todavía, hasta las cercanías de Bagdad. La deportación continúa y no puede predecirse hasta dónde llegará la persecución. Las órdenes ya expedidas aumentarán el número de los desterrados de esta región a 32.000; todavía no han empezado a expulsar a los que viven en Aintab, y son muy pocos los que hasta ahora han salido de Marash y de Ourfa»[96] (Informe Americano).

Las cifras anteriores son las correspondientes a una parte relativamente pequeña del territorio en que se están llevando a cabo las deportaciones; y ellas abarcan únicamente las primeras seis semanas de un movimiento que siguió sin tregua y que ahora mismo sigue su curso.

Veamos ahora algunos datos estadísticos más recientes, que vienen a confirmar lo dicho. Ellos nos dan el número de los armenios deportados de 16 ciudades y aldeas cilicianas —y téngase presente que esta no es sino una fracción del distrito comprendido en el cálculo hecho el 20 de junio— que habían pasado por uno de los campamentos de concentración hasta el 30 de julio de 1915 inclusive:

El número total de familias fue de: 2.165.

El número total de personas fue de: 13.255.

El número de personas enviadas más lejos todavía fue de: 3.270.

(Informe Americano).

De suerte que 13.255 individuos, procedentes de 16 lugares solamente, pasaron por uno de los sitios en donde hacían alto las caravanas; y no tenemos datos de los demás, expulsados de las mismas localidades, que fueron botados al desierto por diversas vías y, por lo mismo, este testigo no pudo conocer su número. Y las cifras obtenidas no son, en manera alguna, las definitivas. Este mismo testigo pone una nota adicional en que dice que han llegado 2.100 confinados más desde que formuló la lista; y, como quedó dicho atrás, las deportaciones han seguido continuamente desde entonces.

Estas cifras pueden decirnos cuántos emprendieron el viaje; pero ¿cuántos llegarían a su destino? También tenemos algunas cifras sobre este punto transmitidas en una carta fechada el 16 de agosto de 1915 y escrita en el interior de Anatolia:

«Muy de prisa y en secreto, aprovechándome de una oportunidad, me apresuro a comunicarle cuán desesperado es el grito de agonía de los sobrevivientes de la terrible crisis por que pasamos en estos momentos… Una investigación ha demostrado que, de los 1.000 que salieron, solo 400 han llegado al lugar de donde le escribo. De los 600 que faltan, 380 entre hombres y niños mayores de 11 años y 85 mujeres fueron asesinados, en la parte exterior de las murallas de la ciudad, por los gendarmes que los conducían; otros perecieron ahogados; 120 doncellas y niñas y 40 muchachos han sido secuestrados, de suerte que entre todos los deportados no se ve una sola cara bonita. El 60 % de los sobrevivientes están enfermos y dentro de poco serán enviados a cierta localidad en donde les espera una muerte segura. No es posible describir la ferocidad del tratamiento a que se les ha sometido. Han estado caminando durante tres y hasta cinco meses; han sido robados varias veces; se les ha despojado hasta de sus ropas interiores; no solamente no se les suministra alimento, sino que se les prohíbe tomar agua cuando pasan cerca de alguna fuente; tres cuartas partes de las mujeres y de las niñas han sido secuestradas, y a las demás se las obliga a pasar la noche con los gendarmes que las conducen. Centenares de mujeres han muerto a causa de estos ultrajes, y los sobrevivientes refieren actos de una ferocidad tal, de una atrocidad tan repugnante, que no es posible repetirlos».

¡El mismo crimen infernal referido con todos sus detalles y con datos numéricos para realzar más todavía tan miserable historia! El escritor observa que «no es hiperbólico decir que no ha quedado un solo armenio en Armenia y que dentro de poco no quedará ninguno en Cilicia». Todos han sido desterrados, y el 60 % han perecido antes de llegar a los lugares de su confinamiento. Otros datos numéricos vienen a confirmar este cálculo. Sabemos que cerca de 1.000 personas fueron desterradas de cierto distrito en Kara Su, y en seguida transcribimos un análisis de sus padecimientos.

«De una aldea salieron 212 individuos, de los cuales 128 —el 60 %— llegaron con vida a Alepo. En el camino fueron asesinados 56 hombres y 11 mujeres; 3 niñas y 9 muchachos fueron vendidos o secuestrados, y se ignora qué suerte corrieron 5 personas más.

Otra partida, deportada de aquel mismo lugar, contaba 696 personas. De estas, 321 —el 46 %— alcanzaron a llegar

a Alepo; 206 hombres y 57 mujeres fueron asesinados en el camino; 70 niñas y mujeres jóvenes y 19 muchachos fueron vendidos. Se ignora la suerte que corrieron 23 personas más.

En otra aldea, el número de los deportados fue de 128, de los cuales 32 —el 25 %— llegaron con vida a Alepo. En el camino perecieron asesinados 24 hombres y 12 mujeres; 29 niñas y mujeres jóvenes y 13 muchachos fueron vendidos. De los 18 restantes no se sabe nada».

Este documento está fechado el 19 de julio de 1915 y lleva la firma del rector de un colegio, que es ciudadano de un país neutral y está en posición de conocer los hechos.

Como se ve, los cálculos de dos testigos distintos están perfectamente de acuerdo; y quienquiera que lea sus relatos —de los cuales hemos tomado lo que precede— no podrá menos de llegar a la conclusión de que el porcentaje de los sobrevivientes debe haber sido extremadamente bajo. Cualesquiera que sean las estadísticas exactas, es evidente que solo un pequeñísimo resto alcanzó a llegar a Sultanieh o a Der-el-Zor. La gran mayoría pereció siempre en el camino. Sin embargo, según el testimonio autorizado de uno de los testigos de la Comisión Americana, el cónsul alemán en Alepo —a quien no habría razón para calificar de exagerado— ha calculado el número de armenios llegados allí en no menos de 30.000. Desgraciadamente, no se nos dan las fechas a que esas cifras corresponden; pero, aun en el supuesto de que ellas fueran las últimas y correspondieran a la fecha más reciente, demostrarían un exterminio de vidas en una escala tal que ni siquiera un cónsul alemán, familiarizado con las estadísticas belgas, podría considerar como de carácter excepcional o de extensión poco considerable.

Y todavía, si las estadísticas fueran más abundantes y elocuentes, no nos darían idea exacta de lo que ha sucedido. ¡Una nación exterminada! Fácil es decirlo, pero es en extremo difícil darse cuenta de lo que ello significa, porque es algo que para nosotros es absolutamente desconocido. Acaso lo que más puede contribuir a darnos una idea es la relación de los padecimientos sufridos por una pequeña comunidad de armenios de educación refinada. Eran miembros de un instituto de educación, en cierta ciudad de Anatolia, instituto que sostenía y dirigía una sociedad de misioneros extranjeros. Tomamos esa relación, compendiada, de una carta escrita por el presidente del colegio después de comenzada la persecución.

«Procuraré alejar de mi mente, por unos instantes, el pensamiento del inmenso dolor que me ha causado la pérdida de centenares de amigos, y también el de mi absoluta impotencia para contener la horrible tragedia o siquiera atenuar su severidad, y haré todo esfuerzo para referirle, del modo más conciso posible, los sucesos de los meses pasados, en cuanto ellos se relacionan con el colegio. Lo hago así en la esperanza de que el conocimiento de estos hechos concretos pueda contribuir a que allá se haga algo en favor del puñado de educandos desvalidos que aún nos quedan.

I. *Educandos*.—Dos terceras partes de las niñas y seis séptimas partes de los niños, aproximadamente, han sido llevados a la muerte, al destierro o a casas de musulmanes.

II. *Profesores*.—Cuatro han partido; quedan tres. Su suerte ha sido esta:

El profesor A estuvo en el colegio 35 años, enseñando Historia y Lengua turca. Además del tormento a que se le había sometido anteriormente —cuando se le redujo a prisión el 1.º de mayo, tormento consistente en arrancarle el pelo de la cabeza, el bigote y la barba con el vano intento de hacerle confesar algo que nos perjudicase—, se le negó todo alimento y fue colgado de los brazos por un día y una noche, golpeándole repetidas veces durante ese tiempo. El 20 de junio fue obligado a seguir hacia Diyarbekir y murió en la matanza general que tuvo lugar en el camino.

El profesor B, que había hecho sus estudios en Ann Arbor, sirvió en el colegio por 33 años. Enseñaba matemáticas. Fue arrestado el 5 de junio y corrió la misma suerte del profesor A.

El profesor C, a quien se obligó a presenciar el acto de apalear a un hombre hasta que murió, perdió la razón. El 5 de julio partió con su familia al destierro, custodiado por gendarmes, y fue asesinado en el camino, al salir de una ciudad del tránsito. Era el director del Departamento Preparatorio y había hecho sus estudios en Princeton. Estuvo aquí en el colegio 20 años.

El profesor D sirvió en el colegio 16 años; había hecho sus estudios en Edimburgo y era profesor de Ciencias Morales y Políticas. Fue reducido a prisión con el profesor A y

sufrió los mismos tormentos que este, con el aditamento de que le arrancaron de raíz las uñas de tres dedos. Murió en la matanza.

El profesor E sirvió en el colegio 25 años. Fue reducido a prisión el 1.º de mayo; no se le torturó, pero sí enfermó en la prisión. Fue enviado al hospital de la Media Luna Roja[97] y, mediante el soborno de los que lo custodiaban, está ahora en libertad en…

El profesor F sirvió en el colegio por 15 años. Hizo sus estudios en Stuttgart y en Berlín. Enseñaba música. Logró escapar a la prisión y a la tortura, y hasta ahora ha escapado al destierro y a la muerte porque disfruta del favor del kaimakam, quien le debe servicios personales.

El profesor G estuvo en el colegio cerca de 15 años. Hizo sus estudios en Cornell y en Yale —M. S.—. Era profesor de Biología. Fue reducido a prisión el 5 de junio, y el kaimakam en persona le apaleó las manos, la cabeza y el cuerpo; en cuanto se cansó, llamó a todos los que amasen la religión y la patria para que continuasen apaleando al profesor. Después de algún tiempo de absoluta insensibilidad, encerrado en un cuarto oscuro, fue llevado al hospital de la Media Luna Roja con un dedo roto y serias lastimaduras. Hoy está libre en…

III. *Maestros*.—Se sabe que cuatro murieron en las matanzas de los caminos. Habían estado, por término medio, ocho años en el colegio. No se tienen noticias de tres; probablemente han sido asesinados en el camino. Estos habían estado en el colegio cuatro años.

Dos maestros más están en el hospital de la Misión.

Otro está en…

Otro está libre y lo tiene ocupado el kaimakam en un trabajo de ebanistería.

Otro, que es el dueño de la casa que ocupa el kaimakam, está libre.

IV. *Maestras*.—Hay noticia de que una fue asesinada en Chunkoosh[98]. Enseñó en el colegio durante 20 años.

Otra fue encerrada en un harén turco.

No se tiene noticia ninguna de otras tres.

Cuatro salieron para el destierro.

Hay 10 libres.

Puede calcularse que ha desaparecido el 75 % de la población armenia, y este número incluye a las gentes directivas en todos los campos de la actividad humana: comerciantes, hombres de ciencia, predicadores, obispos, empleados públicos…

Ya he dicho bastante. Nuestros corazones están destrozados con estos espectáculos de terror y sufrimiento. El exterminio de la raza parece ser el objetivo, y los medios empleados son los más infernales que pueden concebirse en la localidad. Las órdenes emanan del cuartel general, y toda merced debe venir de la misma fuente…».

Colegios como este, con gran número de educandos y buen cuerpo de profesores, había en todas las ciudades más grandes de Anatolia. El ambiente, dentro de los muros de aquellos colegios, era tan refinado, tan culto, tan civilizado como el de los establecimientos análogos de la Europa occidental. Su influencia era uno de los más benéficos factores en el mejoramiento de los sentimientos entre el pueblo otomano. Y esta influencia ha sido destruida de raíz y de una manera sistemática; destrucción brutal, llevada a cabo con la dispersión y el asesinato, sin distinción, de profesores y de alumnos.

Ha perecido la flor de la nación al lado de la inmensa masa de víctimas anónimas; y los conductores de la Iglesia armenia se han atraído la mala voluntad de sus perseguidores por sus valerosos esfuerzos en favor de sus feligreses. El 22 de septiembre, el periódico *Armenia*, de Marsella, reprodujo del *Hayasdan*, de Sofía, la siguiente lista de las víctimas eclesiásticas hasta esa fecha:

«El metropolitano[99] de Diyarbekir, Tchilghadian —, quemado vivo.

El obispo de Ismid, Hovagimian —, reducido a prisión.

El superior del Seminario de Armacha, reducido a prisión[100].

Los metropolitanos de Brusa y Kaisariyeh, reducidos a prisión.

El metropolitano de Sivas, Kalemkiarian —, asesinado.

El metropolitano de Tokat, Kasbarian —, reducido a prisión.

El metropolitano de Shabin-Karahissar, Torikian —, ahorcado.

El metropolitano de Samsoun, Hamazasb —, reducido a prisión.

El metropolitano de Trebisonda, Tourian —, arrestado[101].

El metropolitano de Kemakh, Humayak —, reducido a prisión.

El metropolitano de Kharpout, Khorenian —, asesinado[102].

El metropolitano de Tchar-Sandjak, Nalbandian —, ahorcado.

Los metropolitanos de Alepo y de Bitlis, reducidos a prisión.

El metropolitano de Erzeroum, obispo Saadetian —, asesinado».

«Por otro conducto sabemos —dice el *Armenia*— que el metropolitano de Baibourt, el archimandrita[103] Anania Hazarabedian, ha sido ahorcado con ocho armenios notables»[104].

Es una lista aterradora, pero muy acorde con el programa del Gobierno otomano. La Iglesia armenia ha sido el baluarte de esa raza, y esta ha sido condenada al exterminio. Bien sabía lo que decía Talaat Bey, y los jóvenes turcos le han dado una sórdida última mano a la obra con el asesinato de los dos diputados armenios al tan trompeteado «Parlamento otomano». La carta dirigida a un eclesiástico residente en territorio neutral nos informa que «los señores Zohrab y Vartkes, los dos diputados armenios, a quienes se envió a Diyarbekir para que fuesen juzgados por una corte marcial, fueron asesinados hace pocos días, cerca de Alepo, antes de llegar a su destino».

¡Abdul Hamid sonreiría complacido si pudiera saber todas estas cosas!

VIII. LA ACTITUD DE ALEMANIA

«Las órdenes emanan del Cuartel General —escribe uno de los testigos citados en el capítulo precedente— y toda merced debe venir de la misma fuente». Pero ¿cuál es ese Cuartel General? Es de vital importancia averiguarlo, si es que queda alguna esperanza de acudir al rescate del resto de los armenios sometidos a una prolongada agonía en Sultanieh y en Der-el-Zor. Hemos establecido que Enver y sus secuaces son los principales autores del crimen; pero esto no basta. Con su participación en la guerra, Turquía se colocó bajo la tutela de Alemania y abandonó su libertad de acción a esta última. ¿Cuál es la actitud de la mentora de Turquía con respecto al asesinato organizado de la raza armenia? ¿Qué medidas han tomado al respecto los empleados alemanes en territorio otomano?

> «Según el testimonio de los refugiados procedentes de Siria, son varios los cónsules alemanes que han dirigido o estimulado las matanzas de armenios. Se menciona especialmente a Herr Rossler, cónsul en Alepo105, quien se trasladó a Aintab a dirigir las matanzas, y al notorio barón Oppenheim106, que inició la idea de deportar a Ourfa a las mujeres y los niños pertenecientes por nacionalidad a los países aliados, aunque sabía muy bien que aquellas desgraciadas criaturas tendrían que presenciar los actos de barbarie cometidos por las tropas en las calles de la ciudad, literalmente empapadas en sangre».

Es este un rumor siniestro, pero no está, naturalmente, corroborado por pruebas de carácter concluyente. La información aparece en un cablegrama de El Cairo, publicado hacia fines de septiembre por la prensa de París. Sin embargo, se habla de la misma sospecha en el *Gotchnag* de Nueva York del 4 de septiembre:

> «Un corresponsal extranjero —dice ese periódico— informa que los gobernadores provinciales que exhiben poca energía en la ejecución de la orden de deportación de los armenios son duramente reprendidos por los empleados alemanes. Estos últimos intervienen en la realización del plan y redoblan sus rigores. El corresponsal declara, basándose en esto, que este plan de exterminio de los armenios ha sido concebido por los alemanes y que ha sido puesto en ejecución por consejo suyo».

El lector comprenderá que estos testimonios no tienen el mismo

valor que aquellos que sirven de base al relato del crimen mismo. La participación directa de los empleados alemanes no está suficientemente probada; y, aun en el caso de que nuevas pruebas vinieran a condenar a Herr Rossler y al barón Oppenheim sin un ápice de duda, todavía no estaríamos justificados en aceptar la inferencia del corresponsal del *Gotchnag* sobre la complicidad general de todos los empleados alemanes en Anatolia. Es improbable que las autoridades alemanas hubiesen iniciado el crimen. Los turcos no necesitan estímulo. Pero, una vez dicho esto, cuanto pueda decirse en su defensa queda agotado; y, si el aplauso, por ligero que sea, es incriminador, entonces su responsabilidad es evidente. Porque es claro que —quienquiera que fuese el que ordenó las atrocidades— los alemanes no movieron un dedo para dar contraorden, a pesar de que una sola palabra suya habría bastado para suspenderlas. No exageramos al decir que habrían podido evitarlas del todo, pues es obvio que, con su entrada en la guerra, Turquía se puso enteramente bajo el poder de Alemania. Ella depende de esta última nación para el abasto de municiones de guerra y para el mando de sus tropas en campaña; para la conservación de su existencia nacional en el presente y en el futuro, si es que Alemania llega a conseguir que no desaparezca ahora. Al Gobierno alemán le habría bastado oponer su veto y habría sido obedecido; y la autoridad central habría podido hacerse obedecer, desde Berlín, por intermedio de sus agentes locales en Turquía.

Porque, desde 1895, Alemania ha mostrado mucha asiduidad en extender la red de su servicio consular por todas las provincias asiáticas del Imperio otomano. *En todos los centros administrativos de los distritos en que han ocurrido asesinatos y deportaciones — Anatolia, Cilicia y Armenia propiamente dicha— hay un cónsul alemán*, y el prestigio de estos cónsules es ilimitado. Son agentes de una potencia amiga, del único país que brinda su amistad a Turquía sin condiciones morales ningunas; y de un amigo, además, que, para la dócil imaginación turca, es su protector y aliado poderoso, el conquistador de «un mundo hostil que se ha alzado en armas contra los dos». No es posible poner en duda que aquellos cónsules alemanes pudieron haber salvado a la nación armenia si hubiesen dado los pasos conducentes para ello, ni puede tampoco suponerse que el Gobierno alemán no recibiera a tiempo informes de lo que estaba pasando.

Los cónsules no hicieron nada, y bien sabemos lo que motivó su inacción. Habían recibido instrucciones del «Cuartel General» para mantener una actitud pasiva.

«En julio último, el Gobierno de los Estados Unidos invitó al Gobierno alemán a que cooperase en un esfuerzo encaminado a poner término a los atentados que han traído como consecuencia el asesinato sistemático de la mitad, por lo menos, del millón y cuarto de armenios que vivían bajo el dominio turco…

Alemania no dio nunca respuesta a esta invitación».

El *Herald* de Nueva York hizo la declaración que precede el 6 de octubre de 1915. Esa declaración no ha sido contradicha todavía; y la actitud idéntica adoptada por los empleados alemanes de toda categoría es, sin lugar a dudas, el reflejo de la deliberada política del Gobierno alemán[107].

Si los cónsules alemanes permanecieron en una pasividad criminal, fue porque su superior jerárquico les dio desde Constantinopla la norma de conducta que debían seguir.

«El embajador americano en Constantinopla, después de pedir en vano al Gobierno turco que suspendiese la matanza, se dirigió al embajador alemán; pero Herr Wangenheim[108] declaró que no podía, de ningún modo, mezclarse en los asuntos internos de Turquía».

El pasaje precedente está tomado de la carta ya citada, escrita en Atenas el 8 de julio de 1915. Desde luego, es solamente un rumor que Herr Wangenheim pudiera haber contradicho si así lo hubiera querido; pero acaso juzgó que no valía la pena hacerlo, en vista de la declaración hecha por su más conspicuo colega, el de Washington. El primer impulso del conde Bernstorff[109] fue negar el crimen en absoluto. «Las atrocidades que se dice han sido cometidas en el Imperio otomano son puras invenciones», declaró ese embajador. Armenia está mucho más lejos que Bélgica, y lo que allá sucede puede muy bien quedar oculto tras un velo cuya oscuridad esté en razón directa de la distancia; pero, en el presente caso, la luz se ha hecho y ello ha obligado al conde Bernstorff a revisar su afirmación. Después de nuevas conferencias con sus jefes en Europa,

«presentó al Gobierno de los Estados Unidos un informe del cónsul general de Alemania en Trebisonda, en el cual se admite y defiende una matanza de armenios, motivada porque estos eran desleales al Gobierno turco y ayudaban secretamente a Rusia».

No hay duda ninguna acerca de estas *démarches*[110] del embajador en Washington. Ellas han llamado vivamente la atención

del país ante el cual está acreditado y se han comentado mucho en las columnas editoriales de la prensa americana111.

Y a lo anterior se agrega lo dicho por el mismo canciller imperial. Al cumplirse el primer año de la guerra alemana y el cuarto mes de las atrocidades armenias, pronunció en el Reichstag112 un discurso en el cual pasó revista a la situación, y allí tuvo ocasión de felicitar a sus compatriotas «por la admirable regeneración de Turquía llevada a cabo por Alemania». ¿Puede hallarse un asentimiento más terminante a la «solución» de Enver?

Una vez disipadas todas las dudas que pudiéramos tener acerca de la actitud de los «círculos oficiales» alemanes, podemos citar algunas opiniones particulares expresadas en la prensa alemana.

> «El armenio —dice el *Frankfurter Zeitung* del 9 de octubre—, debido a su mayor inteligencia y a su superior habilidad comercial, disfruta de evidentes ventajas sobre los turcos en los negocios, en la recaudación de impuestos, en los asuntos bancarios y en las comisiones. De ahí que acumule dinero en su bolsa, en tanto que el turco se empobrece. Esa es la explicación de por qué el armenio es el hombre más odiado en Oriente; y en muchos casos no sin razón, aunque una generalización sería injusta. Sin embargo, fácil es comprender que el populacho ignorante de Anatolia, encabezado por empleados educados a medias, por sacerdotes musulmanes fanáticos y por chovinistas exaltados, viniera a ser víctima de una generalización y que los inocentes fueran destruidos con los culpables…
>
> No hay que perder de vista la gravedad de las dificultades que el problema armenio presenta al Gobierno turco. Anatolia carece de buenas vías de comunicación, y a la falta de iniciativa de los empleados subalternos hay que agregar las iras del populacho…
>
> A pesar de todas estas dificultades, el Gobierno turco debe empuñar las riendas… La opinión pública de Alemania está convencida de que el Gobierno aliado —después de haber mostrado al mundo su fuerza exterior de manera tan admirable— demostrará ahora también su vigor interno».

El *Frankfurter Zeitung* es un periódico de tendencias liberales, y hacemos todo honor a sus sentimientos y admoniciones; pero todo el que haya leído estas páginas habrá observado que —voluntaria o involuntariamente— se ha formado una idea completamente errónea

de la situación. Habla de «la falta de iniciativa de los empleados subalternos». Esa sería una atenuante del crimen si este hubiera sido ocasionado por una explosión de fanatismo de las clases bajas[113]; pero es todo lo contrario si el crimen ha sido organizado por los de arriba. ¿Y son realmente tan malas las vías de comunicación en Anatolia? No lo parece, pues prestaron muy buen servicio a los *mouhadjirs* turcos; y, si son escasos los caminos y las vías férreas, los telégrafos no lo son. Toda ciudad de alguna importancia está en comunicación telegráfica con Constantinopla. Por esos mismos alambres, Enver y Talaat hicieron pasar sus perentorias órdenes a sus subordinados, quienes obedecieron como autómatas; y Herr Wangenheim —si von Jagow hubiera dado la palabra de orden— habría podido transmitir otras tantas contraórdenes a sus activos cónsules alemanes, cuya iniciativa, dentro de sus respectivas esferas, no ha sido nunca discutida.

No; si el *Frankfurter Zeitung* representa la opinión pública de Alemania, entonces el pueblo alemán ignora la verdad de los hechos. Pero, así y todo, hay algunos publicistas mejor informados.

> «Si la Puerta considera necesario acabar con las insurrecciones armenias y con otras actividades, echando mano de todos los medios posibles a fin de impedir su repetición, lo ocurrido no es “asesinato” ni “atrocidad”, sino una simple medida de carácter justificado y necesario».

Son estas las palabras del conde Ernst von Reventlow en el *Deutsche Tageszeitung*[114], y con ellas formula contra su país el cargo de complicidad en el crimen, cargo que nosotros mismos habríamos vacilado en hacerle.

«Alemania no puede intervenir en los asuntos internos de su aliada». A esa conclusión llegó el embajador alemán en Constantinopla; pero nosotros no podemos conformarnos con eso. ¿La causa de la complicidad de Alemania no es, realmente, otra cosa que su desinteresada consideración por su aliada? «El armenio —según la cita que hemos hecho del *Frankfurter Zeitung*— es el hombre más odiado en Oriente debido a su mayor inteligencia y a su superior habilidad comercial». Pues bien, el armenio, con todos sus talentos, ha quedado ahora suprimido, y la consecuencia de ese acto puede verse en lo que dice uno de los testigos de la Comisión Investigadora Americana:

> «Las consecuencias del crimen han sido las siguientes: un 90 % del comercio interior estaba en manos armenias, y el

país está arruinado. Como la mayor parte del comercio se hacía a crédito, centenares de hombres de negocios que no son armenios están al borde de la bancarrota. No quedará en ninguno de los lugares evacuados un solo curtidor, moldeador, herrero, sastre, carpintero, alfarero, tejedor, zapatero, joyero, farmacéutico, médico, abogado, comerciante o artesano, excepto en casos contados; y el país quedará reducido a un estado de incapacidad absoluta» (Informe Americano).

¿Quién saca partido de todo esto? No será el turco, ciertamente, por mucho que haya satisfecho su envidia. Como hemos dicho varias veces, el armenio era el único elemento del Imperio otomano que tenía preparación y carácter europeos. Solamente esa raza, con «su superioridad intelectual y comercial», podría haber llevado a cabo la regeneración interna del Imperio y habría podido levantarlo al nivel de un Estado moderno por su civilización y su cultura. Después de lo que ha pasado, esa posibilidad ha quedado destruida para siempre, y «el país ha quedado reducido a un estado de incapacidad absoluta». ¿Quién se aprovecha de ello? Ni el armenio ni el turco. Si no se los hubiese exterminado, los armenios estaban llamados a ocupar «un puesto al sol» muy deseable, con provecho para ellos y gran ventaja para sus vecinos turcos. ¿Serán los alemanes los albaceas testamentarios, a la vez que los herederos, y es esa la «regeneración de Turquía» a que paradójicamente aludió el canciller imperial en su discurso del mes de agosto de 1915?

Esto nos trae irremediablemente a formular una pregunta hacia la cual nos hemos venido acercando gradualmente, sin que podamos eludirla. Pero nos apresuramos a agregar que esta cuestión está todavía abierta. Todavía, a última hora, Alemania podría darnos una contestación que apreciaríamos mucho, por lo mismo que nuestra esperanza en que sea satisfactoria es casi nula; y esa contestación no podría ser otra que la de tender su mano a los armenios y salvar los restos de esa raza del miserable destino sufrido por la gran mayoría asesinada.

Pero, si ha de hacer algo, que lo haga pronto; no solo para libertar a las últimas víctimas de las garras de la muerte, sino porque el fallo de la humanidad no se dilata y ya empieza a manifestarse en todo el mundo.

«Esta página vergonzosa y terrible de la historia moderna que se está escribiendo ahora en la lejana Armenia no es sino un eco y una prolongación de la historia principal, del

relato central, que habrá de describir la invasión de Bélgica por Alemania hace 14 meses. Ese fue el acto determinante, esa fue la señal dada al turco y al kurdo…

El mundo no ve hoy con sorpresa, ni considera increíble, la horrible historia que nos llega de las regiones más remotas del Asia Menor…

Lo que Alemania ha hecho no es meramente una violación de la ley escrita. Ese es un detalle apenas. Lo que ha hecho es llevarnos a todos —en pleno siglo XX— a la época oscura de los tiempos bárbaros»[115].

ESA ES LA ACUSACIÓN. ESPERAMOS QUE ALEMANIA DEJARÁ DE MERECERLA.

APÉNDICE

Después de publicada la primera edición de este libro, el señor vizconde Bryce ha recibido, por intermedio de la Comisión Americana —entre otros documentos—, una declaración suscrita por un profesor cristiano que enseña en el colegio de una ciudad de Turquía asiática. Este caballero ha estado en dicho colegio por más de 15 años y últimamente desempeñaba la cátedra de historia. Habiendo logrado escapar a la matanza, llegó a América en este otoño y escribió en el exilio el relato de lo que le aconteció. Dicho relato aparece más adelante.

Lo mismo que en los demás casos, es indispensable callar todos los nombres, tanto el del testigo mismo y el de la ciudad en que vivía como los de sus compañeros de infortunio procedentes del mismo lugar. Por esta razón, indicamos aquí los nombres por medio de letras, y el lector debe tener la confianza de que, cuandoquiera que aparece una letra en esta relación, ella representa el nombre de una persona o de un lugar en el documento original.

He aquí la declaración del profesor, transcrita tal y como él la hizo, con la sola excepción —o única modificación— antedicha:

> «Con el pretexto de confinar a las gentes por razones políticas, los Jóvenes Turcos están realizando una campaña de exterminio estudiada y sistemática. Dando comienzo en abril a sus labores en este sentido, redujeron a prisión a los jefes y a muchas personas importantes de nuestra ciudad. A fin de arrancar confesiones, echaron mano de toda clase de torturas, cuyo semejante solo puede hallarse en los anales de la Edad Media y de la Inquisición. Vi a gentes imposibilitadas para andar conducidas en burros a casa del doctor… (se da el nombre), para que les curase las heridas y lastimaduras causadas por las torturas y los golpes. A., un joven vigoroso del colegio, fue golpeado de manera tan horrible que no pudo andar por varias semanas. Yo le vi tendido en el lecho, lanzando quejidos.
>
> Oí referir a los profesores B. y C., a muchas otras personas y a nuestros alumnos graduados, cuán terrible era la condición de los que estaban encerrados en un sitio subterráneo debajo del cuartel de esta ciudad. Los habían aglomerado allí y el ambiente era sofocante. Pero, por desgracia, se los sacó de allí en grupos y se les dio muerte

en lugares situados a unas tres o cuatro horas de la población. Esto lo dijeron francamente los turcos a muchos griegos. Yo lo supe por un gendarme griego, a quien se obligó a tomar parte en la matanza. Para este efecto, las armas empleadas fueron las hachas. Se despojó a los condenados de sus ropas, excepto la ropa interior, y se los condujo a orillas de una zanja. Allí se los colocó de rodillas, con las manos atadas a la espalda, y se les propinaron hachazos en la cabeza, según la descripción que un testigo ocular hizo a Mr. D., el representante del obispo griego en la ciudad. A los sacerdotes armenios se les dio muerte con los demás; y uno de ellos, E., fue asesinado mientras rezaba, con su hijo a su lado.

Las mujeres, los niños y los ancianos fueron transportados en carros de bueyes. El espectáculo era trágico. Mujeres de las primeras familias iban vestidas como aldeanas, conducidas en carros de bueyes y escoltadas por gendarmes y carreteros turcos soeces y salvajes. Vi en un carro a la anciana madre, la esposa, la hermana y la hijita de dos años de Mr. F., uno de nuestros maestros. Cuando pasaron por la puerta de nuestra casa nos dijeron adiós, y la anciana madre, indicando el cielo con la mano, nos dijo: “Rogad por nosotros”, y la caravana pasó. La inocente niña nos sonreía. En un carro iba una mujer que esperaba dar a luz de un instante a otro. La señorita G., enfermera del hospital, la vio cuando la pasaban por allí y suplicó a los gendarmes que la dejasen en el hospital hasta que hubiese dado a luz. Los gendarmes consintieron. A los pocos días dio a luz. Otras, sin embargo, no fueron tan afortunadas y se las transportó sin misericordia.

Salí de la ciudad a principios de agosto acompañado por el pastor H., su esposa y sobrina; por Mr. J. —de nuestro colegio—, con su esposa, su madre y su hija; y por Mrs. K., de una ciudad de Inglaterra, con sus cuatro hijas. La primera familia viajaba con permiso —concedido oficialmente— del gobierno de la ciudad. Las otras dos familias tenían un permiso especial expedido por Enver Pachá, ministro de Guerra; y Mr. J. era ciudadano americano.

A dos días de camino de la ciudad de Z., cerca de la aldea de X., fuimos detenidos por un gendarme. Con él estaban varios hombres que llevaban hachas. Me preguntó si entre nosotros había armenios. Dijo que todos los armenios

tenían que devolverse y que los griegos podían seguir. Traté de discutir con él y le argüí que viajaban con permiso especial de Enver Pachá. A esto repuso que no sabía leer y que tenía que obedecer las órdenes que se le habían dado. En pocos minutos se presentaron 56 jinetes armados. Uno de ellos sabía leer, pero todos repitieron la misma orden: “Todos los que sean armenios tienen que devolverse”.

Todos los *arabajis* (carreteros) —todos turcos— suplicaron a los gendarmes: “Todos estos son griegos y no armenios —dijeron—; en la ciudad de donde vienen ya habían acabado con todos los armenios; solo había una familia armenia en el grupo y esta llevaba un permiso de Enver Pachá”. El documento le fue presentado al jefe (*en el relato original se dan su nombre y su rango*). Lo leyó en voz alta. Luego le hablé y le dije que yo vivía en Z. y que tenía allí un íntimo amigo que hacía servicio militar. Describí y di el nombre de ese amigo al jefe. Dio la casualidad de que él lo conocía y lo estimaba mucho. Al oír todo esto se rio y, después de estrecharme la mano, me suplicó que le llevara muchos recuerdos a mi amigo. Enseguida añadió: “Excúsennos ustedes; este gendarme se equivocó al detenerlos. Pueden seguir su viaje”. Todos seguimos la marcha y después supimos que el jefe era un bandolero muy conocido y que sus acompañantes eran todos *chettis*[116], bandidos armados por orden del gobierno, a quienes se había dejado en libertad de hacer lo que quisieran contra los armenios. Durante esta escena de ansiedad, los señores H. y J. sufrieron la tortura de la mayor angustia, y la señora K. temblaba.

En un carruaje iban el hijo y la hija de Mr. A., pastor de una ciudad de la costa.

El mismo día que llegamos a Z. —un viernes—, estaban llevando presos a los armenios de la ciudad. A nuestros compañeros les quitaron sus papeles y sus pasaportes, que nunca les fueron devueltos. La policía les dijo que habían pedido informes sobre ellos a Constantinopla y que esperaban órdenes de allí. Mr. J. y Mr. H. fueron a casa del *mudir* —jefe de la policía— en Z. y tuvieron con él varias entrevistas, sin resultado ninguno. El dicho jefe interrogó a J. acerca de su nacionalidad. ¿Cómo era posible que un hombre nacido en Turquía pudiera ser ciudadano americano? Tres días después de nuestra llegada, H. y J. fueron sacados

del hotel durante la noche y enviados con algunos armenios importantes de Z., en carros y con las manos atadas. Se los envió por el camino del sudeste. Los carruajes habían sido alquilados por cuatro horas, hasta llegar a un lago que distaba cuatro horas de la población. El cochero que condujo a nuestros amigos, que era de nuestro pueblo y había sido el mismo que había conducido a Mrs. K. desde allá, me dijo: "A esos señores los mataron en el camino". No se le permitió presenciar el hecho; pero un *zaptieh*[117] se lo refirió. Estaba seguro de que todos los que habían sacado de la población habían sido robados en el camino.

Algunos campesinos refirieron a un amigo mío —médico que prestaba servicio en el hospital militar de Z.— que multitud de lugares cercanos a sus aldeas y próximos al lugar de nuestra escena con los *chettis* estaban *cubiertos de sangre*.

Los postillones[118] decían que nunca querrían volver a ver algo semejante a lo que habían presenciado. Un albanés en Z. se jactaba en un café de haber dado muerte a 50 armenios.

Las estaciones del ferrocarril de Z. a Isnik[119] estaban llenas de mujeres, niños y hombres, todos ellos armenios, arrojados de sus hogares y esperando la oportunidad de embarcarse en los trenes. Se los transportó en vagones de mercancías, aglomerados como carneros. Era aquel un espectáculo que clamaba al cielo.

Parece que a nadie le era permitido hablarles. Cerca de Isnik vi, en uno de los vagones, a M., un hombre de nuestro pueblo que estaba empleado en la escuela W. Lo llamé por su nombre cuando nuestro tren pasó cerca del suyo, pero no logré que me oyera. Inmediatamente, el turco que estaba junto a mí me preguntó si yo era armenio. No había armenios en nuestro tren.

Algunos soldados turcos de Kaisarieh y de las aldeas vecinas me dijeron, en la aldea de Y., cuando íbamos para Z., que todas las aldeas de aquella región habían quedado desiertas y que a todos los hombres se les había dado muerte. Les pregunté acerca de las mujeres. "Eso solo Dios lo sabe", fue su respuesta.

Vi un carro —*araba*— cargado de garlanchas[120],

azadones, etc., delante del cuartel de policía en Z., todos cubiertos; pero, a pesar de esto, podía distinguirse lo que había en él. Un policía se alejaba de allí a caballo en ese momento. Mientras se cargaba el carro, no se permitía al público presenciar la operación. Yo pasaba por allí en ese momento y me atreví a mirar en esa dirección. Un comisario de policía me propinó un golpe terrible.

El kaimakam y el comandante de la gendarmería de X. me dijeron repetidas veces que ellos no eran más que instrumentos; tenían que ejecutar las órdenes que recibían. No debía quedar un solo armenio. Viejos o jóvenes, ciegos, cojos o inválidos: todos tenían que marcharse, sin que se concediera excepción alguna.

El vali de S. fue destituido por negarse a ejecutar las órdenes. En su lugar fue enviado un nuevo vali, un joven sin experiencia, que cumplió la orden estricta y duramente.

Los armenios católicos romanos de S. —unas 3.000 familias— fueron deportados en su totalidad.

Cuando salí de S., el 26 de agosto, las señoras CC., DD. y MM. permanecían todavía allí, alojadas en el edificio de la iglesia protestante. Intentaron entrevistarse con el vali, pero no se les permitió, y tampoco se les devolvieron sus documentos ni sus permisos. La señora MM. suplicó encarecidamente a mi esposa que nos lleváramos al menos a una de sus hijas. Muchas otras personas nos hicieron peticiones semejantes, pero era imposible hacer nada. Nosotros mismos estábamos bajo sospecha y expuestos a sufrir, y es un milagro que lográramos escapar.

Debemos nuestra salvación a la gracia de Dios y a la bondadosa ayuda de la Embajada y del Consulado de los Estados Unidos en Constantinopla».

FIN